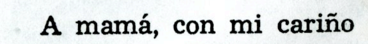
S. Edit.
S. Año
Impreso Grafos, CA

IDA GRAMCKO

POEMAS DE UNA PSICOTICA

Coral Pérez Gómez



A mamá, con mi cariño

Los poemas comprendidos en "DIABLOS", "EL ÁNGEL" *y* "EL ESPECTRO" *pertenecen a la psicosis que padecí.*

"PLEGARIA", "CASI SILENCIOS" *y* "LO MÁXIMO MURMURA" *son los poemas de mi curación. Lo fugitivo, porque se agota, se repite. Sólo lo verdadero permanece. Me alegra saber que, aún durante el sufrimiento de mi enfermedad, yo continué siendo poeta.*

IDA GRAMCKO

Caracas, Diciembre 1964.

DIABLOS

El diablo espatarrado apareció. Con tal naturalidad que parecía haber estado siempre. Una greña encarnada le colgaba de la pierna izquierda. De resto, no podía vérsele el color. Era de humo. Quizás siempre estuvo allí, sólo que otras apariencias le velaban los miembros humeantes. Se acercaba. El terror es como el amor: se anuncia por un vértigo. Sólo que el amor —caída clara— asusta como el acantilado o el océano. I el terror sólo cae. Sin abismos redondos. El diablo de pizarra se acercaba. De cerca podían vérsele los omoplatos espectrales cubiertos de pelillos grisáceos y luego, en un relámpago helado, los metálicos cuernos.

Resonó contra el muro su aletazo de zinc. I, al acercárseme, se rió. Vi su quebrada dentadura de ónix. Entonces se tendió por los suelos. Corrían por el piso sus cabellos de brumas infernales a los que se adherían ratones y telarañas viejas.

Se pueden abrir las puertas a los hombres. A las mujeres tibias, cargadas de criaturas. A los niños con globos. Pero los diablos aparecen. Estás ensimismado en la rama de boj, en el remiendo de percal, en los huevos que blanquean, como una tiza, la trama amarillenta de los cestos, y algo te hace volver y es el diablo nervudo, espatarrado, que ha entrado sin que abrieras la puerta. I entonces has de recibirlo y acaso darle de tu pan porque ya se ha adueñado de ti misma y tú sientes por él algo más crudo que el silencio: el miedo.

Los cuernos de color de marrano los frotó en la lana tejida durante muchos años para protegernos del odio y la intemperie. I se pulió las uñas de un alambre diabólico con el mismo cuchillo con que mondabas la manzana que te sirvió para ahuyentar la fiebre. Crujía todo. Especialmente cuando se movía, desparramando un polvo maloliente. Pero ya era algo tuyo, inexorablemente tuyo. I te iba poseyendo, mirándote con sus ojos colgantes y plomizos y de pronto te asió por la cintura y tú querías huír pero le pertenecías por entero, porque somos también de lo que huye, de lo que impreca y hiere. De pronto, te soltó. I tú estabas, a la orilla del mar, bajo un cielo con gruesos nubarrones, cubierta de ceniza, temblorosa de pánico y no reconocías ni la forma delgada de tu mano con que solías alisar lo absurdo. Te investía la diabólica niebla.

Bejucos pantanosos, mogotes verdinegros, gramíneas enlutadas... Todo ello parecía el cuerpo mientras el cabello le caía hacia atrás, ondulado, verdoso, pestilente, como de coles rancias. Tenía la mano vegetal y las diez uñas le colgaban de los dedos fibrosos como diez sucios jades. Las vigilaba como joyas. Andaba a tientas con sus manos verdes como si fueran de berilo. Se observaba los dedos herbosos con regocijo íntimo pues la alegría no cabe en los demonios. Tienen sexo excesivo. Todo es afán de posesión y orgasmo. El sexo de este diablo colgaba como planta de parásita. Se reía, con su risilla ajena de todo cierto goce, agitando uno de los índices verdes donde relumbraba una esmeralda. Pero su risa fustigaba. Pues la verdadera alegría es para los que dicen: yo dejo esto, lo abandono, pues será más hermoso sin mí. O para los que expresan: hoy he mirado el sol pero no tengo nada.

Tenía las orejas cual orugas enormes. I el frío perfil se le movía, saltarín, lo mismo que una rana. Apareció después del gris y acaso lo tupió con su grotesca enredadera. No era, pues, la primera vez que un ser así entraba en la cálida vivienda. Por una sola vez no aparece la angustia. Sólo por una vez aparece el amor. O la amistad, O la ternura, que no sabe con las manos tendidas. O la ternura, que no sabe muy bien a lo que aspira: si a la eternidad o a la dádiva. Una sola oportunidad tiene lo dulce para no ser perecedero: ser interior, doloroso, recón-

dito, solitario. Lo diabólico abunda, se extiende, se propaga. El gran cuerpo de musgo cochambroso se tendía como una enorme yedra manchada de pantano y alimañas. Sin embargo, no tenía nada que ver con la inmensidad. Lo inmenso cabe en el ala de los pájaros. I esta yedra parecía querer tupirlo todo. Se podía comprender entonces que en el amor no cabe la abundancia. Cabe sólo la plenitud. La entrega de la amante a su amante es una luna llena. El roce de las manos de los que se aman es como un capullo entreabierto. No hay mayor redondez, ni la del mundo, que pueda compararse a la de una caricia.

Esta vez, el diablo desechó los manjares. Cogió la uva verde, la masticó con un sonido avaro y se quedó mirando los restos de la rosa. Esta no llegaba hasta él. Sólo quizás el tallo pero la corola encendida le impedía tocarla. Una rosa, cuando abre, es como un ser que dice: fluyo para que aquel ojo elegido pueda mirarme y admirarme. Cuando se admira, es como si temblaran las estrellas por dentro. Mas los diablos no saben admirar. Admirar es cubrir con la delgada túnica lo que está desnudo y decir: sólo existen los senos cubiertos por el sueño. Pero este diablo tenía sexo. I murmuraba frases incoherentes, como hablando de un seno que siempre permaneció sin veladuras y del que manaba un jugo agrio. Porque no hablo de un seno del que brotó la leche como el día del nudo blanquecino del alba. Ni siquiera del seno

que se deja oprimir por la mano que ama. Sino del seno siempre sin el velo, surcado por las venas verdosas, expuesto entre las copas de ajenjo y el vaho torrencial de la hojarasca.

Gamelote imantado la cabeza del diablo. Zarzas magnéticas sus brazos. Helecho amarillento su sexo. Me retuvo en la cama. Parecía querer cubrirlo todo. Hasta el hombro pequeño de pureza que me quedó para eludirlo y del que aún pendía una tara diabólica. El diablo tenía antenas en lugar de los cuernos. Sólo una lagartija reluciente —porque apenas podía ver lo verde— me devolvió la vida. Me levanté del lecho. Pero ya no seré capaz de ver el pasto sin acordarme de lo sucedido. Ni siquiera otra vez seré yo misma para rememorar que la ternura, el amor, la amistad, verdes plenos, fueron mi primavera. He convivido con un verde diablo.

Hay el rojo del arco-iris, el de los astros, el de las guindas, también el de los labios. Las manzanas se encienden en el cesto, en el árbol, igual que un círculo de llamas. Hay el rojo del pez, del cardenal y del geranio. Son los rojos que asombran pero que nunca atemorizan. El rojo del rubí, del fósforo encendido, el rojo del amor que ya no

trae el sueño sino el hambre. Todo eso es la rojez para el hombre. I el hombre puede ser siendo rojo contando con el azul del cielo, la escarcha de palomas y el día soledoso y diminuto del canario. Porque lo rojo nunca se mantiene en nosotros. El fuego lento que consume a un cuerpo es casi como un humo de amapolas. Se metamorfosea en gestos y palabras. La voz y el ademán conducen lo encendido hacia un color de pata de paloma. Lo que se dice es arrebol. Lo que se actúa, como soltar la rama cargada de begonias. Cuando anhelas un cuerpo, el tuyo se estremece y no es amanecer sino sólo un ocaso sencillo. Si se miran los ojos que se aman, es como ver un vidrio rosa o sentirse invadido por una pulpa de granada. Mas ¿cómo lo encarnado puede también poblarnos e invadirnos? Es cuando ya no tenemos ni un recodo sonrosado en la carne, algo que atenúe la calentura, los deseos o la rabia. O cuando todo está ceroso, amarillento, deslucido, como una esperma en busca de las ascuas.

La silueta se dibujó primero en el umbral. Pensé que se trataba de un incendio. I busqué, me pregunté a mí misma, semejante a los muros de cal, fríos y pálidos. La diabólica encía carcajeó. I entonces fue que vi los pesados carbunclos asidos a los cuernos y las manos ardientes, extendidas, punzantes como absurdas guanasnas. El mentón, como teja increíble, le sobresalía del rostro rojo. Como una fresa enorme, rugosa, tenía la

piel que extendió por mis suelos con ruido muy áspero. Era un pesado cuerpo de ladrillo diabólico. Porque era un diablo. Tampoco esta vez le abrí la puerta.

Tenía miedo de todo llamamiento desde que estuve con el verde diablo. Pero éste recalcaba su presunta hermosura. Extendía en el piso sus cabellos como chorreantes llamaradas. De su boca salía una oscura saliva vinosa. Sus dedos se agitaban cual cerrados y satánicos rábanos. Nunca puede saberse cómo un diablo penetra en la casa. Cometes un error y ya tienes el nudo en la garganta. El nudo, que es el miedo, como un ovillo rojo que de pronto te atenaza en el cuello. I si sollozas, es inútil. Los sollozos se pierden como el odio. Una cosa he sabido desde hace mucho tiempo: que no hay un paliativo en el sollozo, que nadie florece tras las lágrimas.

El diablo frotaba contra el muro el muslo guarnecido de cayenas extrañas. De pronto, se sentó. Yo miraba su espalda, de un mareante escarlata profuso. Exhalaba un calor de fogata. Yo conocía las piras. Si ves, de lejos, en un bosque, una hoguera prendida por un ser que te ignora, dices que es el amor y que la rojiza humareda es

un nuevo rubor que alivia tu cansancio. Pero tiene que ser un desconocido quien la encienda y que el humo rosáceo te traspase la piel. Eso es todo. Pero lo llameante del diablo no daba ya lugar para ningún recuerdo. Yo los atesoraba, como a corolas malvas, con manchas de aposentos austeros, con señales de pálidos semblantes, y me los consumió. Me quemaba dentro de una fiebre demoníaca. Sentía sus cabellos rozándome en el pecho como bugambilias satánicas. Quise huir... Pero me quedaba sólo un hombro y el diablo me arrebató la huída y se bebió después mi sangre.

Aún desangrada, reviví. I levanté mi cuerpo, lleno de llagas refulgentes lo mismo que de antiguos granates. Tenía un coágulo en el pecho y me ardía como brasa. Quizás sobreviví porque otro diablo me aguardaba igual que si estuviera estructurado en mis rotas y azules arterias. Ignoro cómo pude hacinarme con tantos demonios. Aún no sé cómo pude resistir la convivencia con criaturas que ignoran que la tórtola en el musgo es como una mano amorosa colocada sobre la cabeza. Pero ¿he dicho criaturas? Ni siquiera son bestias. Son simplemente angustia. Este era azulenco, y quizás, algo bello. No lo podía ver bien. La sanguaza corría por mis párpados. Estaba situado en el alféizar y distinguía sus cabellos rizados, apelmazados, como viejas hortensias. Era delgado, con sus agudos codos de cobalto. Podía ver sus uñas. I llamaban con tal inquietud que se tropezaban con el muro, como destartaladas turquesas.

Cerré los ojos. Sabía que clavaba en mis llagas los cambiantes zafiros de sus ojos y yo me debatía y no encontraba razones para sus zarpas rechinantes, fúlgidas y celestes. Porque el cielo es lo que se puede ver con alegría, lo que hace que el cuello se levante y aspire. El cielo nos permite la frente liberada y gallarda. Durante el día, lo vemos como a un regazo limpio donde cabe la libertad y también el amparo. I durante la noche, aunque pareciera negarnos el paso y el umbral, ha renacido en sombras, porque eso es nada más para que el cuerpo brille y tiemble. El cielo diurno nunca está perdido. Es un camino claro que se halla en todas partes. Rodea por todos los recodos como un pecho cerúleo que nunca nos negó protección. Una puede albergarse en el dolor, reprimirse en la dádiva, incluso hacer el puño, pero hay algo que se ensancha y se libra cuando se dice: cielo.

Este demonio parecía pegajoso. Se adhería a la ventana. Pero yo defendí mis petunias. Una vez me caí en un macizo y el pelo se quedó lleno de flores minúsculas y azules y desde entonces supe que hasta los campos acarician. Lo que ocurre es que nadie lo piensa. Si ves un ramillete de mioso-

tis, alzado en el sembrado, hay tal estallido de pulcritud hasta en lo diminuto que debieras renegar de la angustia, pero el demonio estaba allí. Hacía olas. Yo sólo negué el mar cuando un día pensé que me podía cubrir toda y envolverme en sudario de espuma. Ahora no niego el mar. La calma existe como el riesgo. ¡Ah, pero el mar no es como el cielo! En el cielo no puedes hundirte. Es lo que está por encima de todas tus caídas. I este diablo parecía un oleaje. Pensé súbitamente que debía ser el ángel de la rebelión. Relampagueaba con tal destello azul de fósforo. I me levanté con toda mi abertura. Yo soy lo que soy. Admito hasta mis greñas de avellana. I cuando amo, aunque halle un gran obstáculo a mi lado, me veo nítida y acepto. Este diablo estaba así por no aceptar. Rozaba contra el muro su oscura ala ultramarina. Yo seguía pensando que el amor no estaba hecho de rebeldía sino de sumisión. Incluso si uno ama y es rechazado por lo que ama, ni blasfema ni ruge ni protesta. Queda siempre el amor, como un milagro, aunque lo amado ya no esté. ¿I qué es estar para el amor? Sólo una carne o una anécdota. Los cuernos relumbraban con un brillo de alcohol. Yo lo evadía. Cuando se ama, ya no se reconocen los rebeldes. I pensé que tan sólo por un resto de paz, por un dejo de antigua sumisión, conservaba destellos celestiales y hermosos. Pero Luzbel no era para mí. Me repugnaba su acuoso lastre angélico. Sólo que Luzbel podía más que

yo y se lanzó sobre mi cuerpo como un perico gigantesco y azul y yo caía, y recuerdo su plumaje azuloso puesto sobre mis miembros.

Era de noche y yo esperaba el cielo como ese otro azul nocturno que iba a librarme de la terrible posesión luzbélica. De noche siempre me sentía mejor. Quizás porque lo mismo que mis manos, como límpidas manos fraternales, se ponían a temblar las estrellas. Mas, de pronto la tiniebla invadió. Siempre he odiado lo oscuro porque me designa un sol inválido. Yo quería los rayos solares como quien pide brazos que protegen. Pero la oscuridad me invadía. Era como el luto repentino de toda flor y todo fruto muerto. La angustia retornaba. Yo ya no le temía. Era tan natural como el aire o el pan. I en un sentido, lo mismo que el amor que, al cabo de unos días de su imposibilidad, una ha sentido tanto que ya sólo lo sufre y no le teme.

Hacía horas que la angustia no tomaba figura. Era sólo mi llanto, inútil como todo lo que corre del ojo irracional hacia fuera. Como la vista ebria que nubla los paisajes y los mira lo mismo que polícromos monstruos. El llanto nunca fue redentor. Eso yo también lo sabía. Pero lo dejaba

correr, no fluir, que el que fluye es como un río que espera barcos, paseantes, flores que se reflejen... Estas lágrimas eran tan sólo mías, mas la absoluta posesión oprime, sin que por ello nazca ni siquiera el orgullo, la individualidad o el silencio. Todo era intemperie cavernosa, húmeda por mi llanto. I de pronto surgió el diablo negro. Golpeaban contra el muro sus cuernos de azabache. Contra el muro hacía resonar su trasero de ébano. Su torso de acerina relumbraba en la sombra y extendió sus dos manos hirsutas como gruesas tarántulas. Atravesé la alcoba, quería irme... Abrí también la puerta. Pero era un diablo astuto. Me envolvió las espaldas con un pesado lamparón de brea. Yo me debatía y sentía que el fango de sus brazos ondulaba, tranquilo, frente a mí. Sus ojos de lechuza me observaban sin vida, pero seguros de su presa. Entonces fue que pude mirar el gato negro, enmarañado de su vientre. Las alas de zamuro, abiertas como sucias amenazas. Los cuernos le brillaban como brilla el petróleo. Sus cejas eran hechas de moscas. Una mano, de asqueroso carbón, se acercaba a mi hombro. I entonces le vi el sexo, colgante y aleteante como un viejo murciélago. Yo no sé si grité y maldecí. No se me ocurrió una oración. Cuando el terror te envuelve, hay esa luz contra el vampiro, pero es como si nunca hubieras visto el sol. Se me acercó aún más. Tenía el pecho recubierto de hormigas. I cuando me estrechó, su brazo en torno a mi cintura fue

flexible cual pata de pantera. Los grumos de pocilga saltaban sobre el piso. Yo le escupí en el rostro tenebroso. Se rió y sus dientes renegridos y fofos se movieron cual bamboleantes trozos de pantano. Toda su cabeza luctuosa componía un horrible aguafuerte. Estaba a punto de hundir el aludo ratón en mi carne, pero en ese instante aparecieron las estrellas. Entonces, yo recordé la luz. I mis manos temblaron lo mismo que los astros. El diablo, como foca de lodo, se perdió en lo sombrío. Pero aún quedan sus huellas, indelebles, como podridas golondrinas echadas sobre el piso. I a pesar de que oro, no he podido limpiar todo su estiercol.

La rama de araguaney entró por la ventana. Fue como si el amanecer me entregara un tesoro. I rocé lentamente, después de tanto horror, la súbita y serena riqueza. I comencé a pensar que todo había concluido. No se nos da un filón tan generoso, tan puro y tan ajeno a la codicia, si ya no estamos libres del espantoso buitre negro. I la flor aleteaba como un gesto solar que limpiaba el oscuro calofrío. La rama de araguaney era como un brazo extendido que se volvía luz a fuerza de ser dádiva y ofrenda. Pero, de pronto, todo se volvió ama-

rillo. Amarillo estridente. I pareció escurrirse mi mano entre la rama porque el demonio gualda estaba allí. Tenía senos. Uno como un jobo y el otro como un mango cubierto de lunares. Yo ya no tenía fuerzas. I ni siquiera huí. Los ojos se acostumbran a mirar los estragos. Las manos se habitúan a ser asidas por pezuñas. O debe ser que se pierde el coraje, la rabia de ser dulces, cuando los espantos son el huésped.

Dejó ver su dentadura de topacio. No sé si se reía. Ni siquiera me lo pregunté. Quizás porque, en verdad, sólo sonríen los humildes, los amigos, los enamorados, los maestros... Tenía el ombligo como una luna cruel y fulgurante. Más abajo, el sexo le colgaba como un mudo canario grotesco. Desparramaba un lujo de palacio maligno. Quiso cubrirme con su rayo hediondo. Yo, nada podía hacer frente al heno diabólico. Es triste hallarse solos ante la dorada inmundicia lo mismo que ante los luminosos sentimientos. Porque tenía el pecho de oro resquebrajado, los hombros como una cornucopia recargada de adornos infrahumanos y los pezones le brillaban como trozos de cochano siniestro. Sentí náuseas. Como enorme banano podrido, también cubierto por nocturnas pecas, su gigante perfil me olfateó. I dejó que cayera en mis hombros —yo, que había contado con mis hombros— la dalia enmarañada y amarilla de su torvo cabello. No protesté. Acaso porque el odio más denso se nos calla. Cuando se

odia, nada se dice pero se degüella. Pero el cuchillo se encontraba muy lejos de mí. Una rosa amarilla podía aún salvarme. Pero hacía tiempo que no florecían en mi huerto. Mi huerto estaba cabizbajo bajo el polícromo aletazo de tan asiduos y ávidos demonios. Aunque a veces aún yo podía sonreir y la sonrisa aparecía en mi mejilla como una hoja amarillenta. Pero esta vez yo estaba rígida. Posaba en mí los fríos girasoles de sus ojos. I su abrazo de azufre me estrechó... Pero la rama, cargada con su don resplandeciente, giraba bajo el peso de mariposas amarillas. Era como si el sol, y lo que estaba más allá del sol, la mazorca del pelo de los ángeles, el trigo del cabello de los ángeles, surgiera y envolviera. El diablo gualda desapareció. Pero aún permanece en mis índices una línea brillante como anillo de cobre que me produce repulsión. La froto con los pétalos de alguna flor de araguaney. Mas sigue cintilando, como si yo estuviera desposada con un demonio rubio.

Cuando se recogen objetos frente al ser que se ama, es como si recogiéramos espigas. Todo parece erguido y luminoso. O como si amontonáramos la paja cuando el amor no puede recibir

expansión y se resguarda solo, hacinado y muy dentro. Siempre el labio que le habla al oído alerta que venera, se vuelve luego denso, duro y frutal como el durazno. I cuando no rozas la mano que tú amas, y percibes resplandor en el rostro y algo de oscuridad henchida, es que muchas astillas se te queman. Las astillas bien pueden ser los ojos.

Cuando el fuego amoroso se propaga, el crocante espesor de los ojos fulge y desaparece. Mas no importa estar ciego cuando se ama. Sólo importaría perder la voz. Porque el amante debe encontrar la oscuridad. O, sobre todo, la penumbra. Aquello que nos dice que hubo sol mas que no puede seguir habiendo sol porque lo puro y fiel perecería. El atardecer, para los que aman. Algo que brilló, que fulge levemente todavía pero que también, por excesivamente grande para el hombre, se apaga lentamente y oscurece.

Yo quería lo oscurecido y buscaba en una semisombra la grandeza pasada. Algo como el pesado maderamen de una barca que sintió lo solar. Algo como la palidez del rostro que fulgura, enamorado. Había olvidado los demonios. Pues la rosa amarilla había vuelto a florecer en mi huerto. I, de pronto, lo vi. Balanceaba sobre el diván las piernas semejantes a cuero. No le temí esta vez. Pensé que mi amor era tan grande que resistiría la absurda cornamenta leñosa, aunque el amor no fuera más que una certidumbre fugitiva. Además, me había acostumbrado a ver lo oscuro como quien mira

tierra de la que surgirá maíz nuevo. Pero el diablo no hacía ruidos como todos. Permanecía callado y cuando me llamó, su voz tuvo un sonido recóndito. Pensé que era imposible. Porque sólo los hombres, que descienden de un desconocido paraíso, protegen y guarecen. Sólo quien tuvo nido, puede hacer su cobijo moruno y hablar en lo atezado caliente.

Veía sus patas pardas. Su tronco como el de un árbol carcomido. Era un diablejo bajo, yodado y gordezuelo. Su relumbre cobriza se regaba como aceite dorado. I no extendió hacia mí los dos brazos marrones y fuertes. Quizás porque yo estaba cargada de madera de amor, madera singular para la llama, comenzó a seducirme. Vi su rostro cetrino y macilento. Era un rostro pajizo, leonado. Pero ni un índice de herrumbre levantó para hacerme una señal. Comenzó a hojear libracos. I me parecía descubrir que se veían hermosas sus manos de diabólica corteza. Asimismo su cuello en el que relumbraban los destellos satánicos como una fina arena. I los ojillos negros acechaban como restos de buho. Pero me seducía. Tal vez yo estaba demasiado cansada de demonios y, apta para el amor, no podía dejar de amar alguno. Sin embargo, ya no me llamó más. Entonces yo comencé a decir todo aquello que cruzaba mi mente y llegué a confesarle mi angustia. Pero no respondía. Estaba tan tranquilo como si hubiera sido el responsable de haber traído a mi vivienda los

otros seis demonios. Parecía un soporte mohoso, pero me seducía. I comencé a llorar entonces. Estuvo observando mi llanto como quien mira un río sin ansias de enjugarlo. Desde mis ojos húmedos contemplaba su pecho como quien mira un barro para reposar y proseguir. Pero no me hacía caso. I entonces transcurrió aquella noche y otra noche y muchas noches más. Me atraía su ceño, erguido como una seca rama. Sus uñas, como de alpiste demoníaco.

Un día le llevé un manojo de lirios. Oí otra vez su voz, que pareció recóndita, y que ahora resultaba egoísta. Contemplando las níveas corolas, exclamó: son sexo. Yo le creí, pero volví a llorar entre las flores blancas.

Los otros diablos estuvieron acaso un instante, cuando más una hora. Este se quedó siete meses. Puesto que él mismo los había traído, permaneció en la casa como si fuera suya y él de hierro. Siete meses en que, ante cada capullo, cada fruta, cada piedrecilla colocada con gracia ante sus patas, él murmuraba: sexo.

Es increíble pero, en un comienzo, yo quise ponerme de rodillas ante el pajizo diablo. I se lo confesé, como quien espera que le arrojen la alfombra o un césped para amarlo. Pero sólo me manifestó que las rodillas se encontraban muy cercanas al sexo.

Desde que dijo sexo ante cada corola de acacia, tendida ante sus patas, como un pequeño fue-

go virginal, y también ante el higo que se entreabría, henchido, dejando ver sus tintes de obsidiana, sólo pensé en la piel. Me crecía. Era una vestimenta que yo no conocía pues, para amar de veras, la piel es como el muro que nos turba, impidiendo que lo más verdadero, lo más reservado, lo más hondo y secreto del amor se extienda como aroma o como hálito. El amor es más olor que pétalos. I si uno mueve las hojillas es para ver si envuelve más y entonces existe plenitud pero rellena y húmeda de piel. I el auténtico amor queda flotando en torno como el aire.

Sexo dijo cuando le llevé la cinta y alguna copa llena de agua. Sexo dijo cuando le llevé una gota de lluvia transparente. Sexo dijo cuando le ofrecí medallas y retablos. Entonces, yo se lo creí. Pero un día resplandeció ante nuestros ojos una franja de cielo. —Eso, ¿también es sexo? —pregunté. —Disimulado —respondió. —Además, es un sexo muy viejo, porque eso que han llamado las nubes, son nada más que hebras de canas—. Me estremecí, pero seguí creyéndole. I una vez que cayó una llovizna, delgada ya como mi antiguo amor, me comentó: —Es el sémen del cielo—. Permanecí callada. I la piel me creció como una enredadera enlodada y me seguía creciendo como un monte reseco mientras lo veía en su asiento, ya seguro y contento de mi carne. A veces se tendía en el diván. Con un tono de níspero, veía su semblante blanduzco y se desperezaba como un fauno.

Si alguna vez he amado a alguien, éste me puede maldecir. Lo que llevé por dentro —llamárase ansiedad, calor, ternura— sea para toda blasfemia. No merezco que el guijarro se humille ante mis pies. Porque el diablo avanzó con sus piernas peludas y morenas hacia mí y entonces fue que vi su semblante de bóñiga. Debí haberlo visto antes. Avanzaba hacia mí, como un mono. Tenía una inmensa panza. Las dos alas de avispa batieron lentamente en mis hombros. Le corría de los labios una miel pestilente. Ahora se reía. Los dientes cual pequeños fragmentos de esperma y las pestañas y las cejas como pelos de gordas y lustrosas cucarachas. Entonces fue que volví en mí. Yo imaginé, yo fantasié que iba a clavarme entre los muslos el reverenciado, exaltado y rayado ciempiés de su sexo cuando me defendí como una poseída agresiva. I concebí que ya él estaba a punto de echarme en el diván, que había conocido mis sollozos, para hundirme bajo su obesa hombría de requemado infierno, cuando intervino el Angel.

EL ANGEL

Un ángel nunca tuvo aureola. Eso es tan irreal como pensar que, cuando se ama, el amor quema sin humedecer. Porque el amor es agua y fuego. Arde la hoguera adentro y de los ojos mana un tibio manantial. Una aureola, además, es mucho más palpable que un redondel de luz. Tanto así que si el Angel poseyó alguna vez un círculo de oro en torno a su cabeza, se la dio a un niño para que jugara. I ahora el niño lanza ante los hombres un gran aro resplandeciente.

Una aureola es muy simple. Puede aparecer, como rosquilla, entre las hogazas de pan. Pero si la muerdes, desde luego, el cuerpo ya no quiere pernoctar y los ojos permanecen insomnes, mirando las libélulas.

Un ángel no tiene rizos rubios ni espada fulgurante. El que estuvo a mi lado tenía los cabellos igual que un aletazo de penumbra y, si lle-

gaba el día de luchar, utilizaría los puños pálidos. Pelearía con sus manos cuyas muñecas ambarinas estaban levemente recorridas, lo mismo que por briznas enlutadas de noche, por un oscuro y suave vello.

Un ángel tampoco tiene túnica azulenca. Eso sería suponer que pertenece a un reino vagoroso donde abundan las ninfas, las sirenas, las hadas. O al castillo del mito. Pero un ángel está sobre la tierra. Lo único que lo aparta de las otras criaturas es que pisa con una soltura singular y desciende con brío sereno los peldaños. Acaso porque siempre le ha tocado bajar a la conciencia. I la conciencia es una escala retorcida, llena de agujeros y cubierta de yedra.

Un ángel no se calza con sandalias doradas. Ni lleva el pie desnudo, sonrosado como el arrebol. Un ángel es humano.

Yo pensaba encontrarme con un ser intrincado y centelleante. Porque yo amaba el artilugio. Soñaba con los gnomos, de enorme gorro pardo, ocultos en la yerba como hongos, o en las estalactitas que formaban, sobre las cavernas selváticas, los cuerpecillos cristalinos y agudos de los duendes. Pero hoy todo eso terminó. Porque cuando se sufre, puede que el sufrimieno raye un día en el caos, pero llega una noche en que se topa con la realidad. I desde ese momento sólo la realidad puede ser magia. Un alarido, una sonrisa, se descubren como seguros sortilegios. Porque cuando

se grita, también se transforma el horizonte. Se convierte en garganta o en eco. El único prodigio es la mano que abarca otra mano. No hay que añadir embrujos. Es suficiente contemplar un semblante deseado, para que un doloroso milagro se produzca: saber que no es bastante el deseo. Basta el amor para el hechizo. I aun en el dolor, o sobre todo en el dolor, nace lo insólito. Lo que está desgarrado concibe reciedumbre como un soberbio y nuevo encantamiento. Si quieres percibir lo inaudito, golpea la cabeza contra el muro. La cabeza golpeada se erguirá y te parecerá legendaria. Tan esencial será su fuerza.

Este Angel no era, pues, ni un tritón ni un endriago. No poseía nada de monstruo escamoso y reluciente. Porque un ángel es lo mismo que un hombre. No es de tul sino de carne y hueso. Sólo que habla un lenguaje lejano como el de una criatura que ha platicado con la lluvia. Pero no se escuchaban campanas cuando hablaba. Ni trinos. Ni melodía. Ni truenos. No era tampoco como oir el mar que bate contra las duras peñas. Era, más bien, como escuchar un agua que pide copa que llenar. Yo le ofrecí mi oído, vaso de vidrio roto, y escuchaba quizás sin entender, pero me iba sumergiendo igual que en un arroyo donde se reflejan, luminosos, los álamos.

Contemplaba su frente de piel, pensativa y muy blanca, y me asqueaba pensar en el azúcar. Pues la total dulzura nunca cabe en los ángeles.

Han conocido el viento. I desde entonces poseen entre los labios y los dientes hermosos que sonríen, la ironía como un grano de sal. Aún mirando su frente, pensé en la harina y el granizo. Pero no era de pan ni de hielo. Sus sienes eran lácteas. I llegué a imaginar que, en una noche clara, habían sido ordeñadas de la más limpia estrella.

El Angel se volvió. Su espalda no tenía nada semejante a las aves. Era como la de un hombre. Pensé que iba a dejarme... Me dolían los hombros que habían creído ser mi única defensa ante el demonio. Mis hombros heridos e irredentos. Quise huir... Pero el Angel hizo entonces un gesto. Me quedé quieta. I el Angel extendió sus manos finas, surcadas por venillas de cielo, y me entregó sus alas.

Puse las alas sobre el lecho. No eran de seda ni de pluma. Eran duras y blancas. Una tenía una mancha bermellón, la otra, un arañazo. Me alegré de que no fueran alas de cisne ni de garza. Las aves impolutas tienen una blancura indiferente, la nieve de lo puro y lo absoluto, como intocada e infrahumana. Estas alas parecían tocadas por la lluvia y el sol y daba la impresión de que habían sido almidonadas en un sencillo huerto. Se veían fuertes sobre el lecho, como velas de barco. Intenté colocarlas en mis hombros. Me las até con un cordel. Me caí, di bandazos... Pero me contentaron mis tropiezos. Llena doblegarse ante lo oculto, aunque lo oculto tenga piel o lino. Porque un ángel, aunque hable con nosotros y veamos agitarse sus índices hialinos, es siempre un ser ajeno. Alguien que, necesariamente, ha de escapar si lo llama una racha. I alguien que rechaza toda jaula: sea de lumbre o de canto. Alguien que escamotea los más claros barrotes: los de las pupilas que remiran, los de la sien que rememora... Ni la más amorosa prisión, podría contener su largo y terrenal perfil de cuarzo.

Me incorporé poco segura. Pero me sentía satisfecha. Después de ver demonios, es fecundo humillarse ante la dádiva de un ángel. Postrarse ante lo alado es como una añoranza del impulso. Igual que una nostalgia de sofocados ímpetos pretéritos.

Un canario de tejado se puso a cantar cerca de mí. Luego, levantó el vuelo. Intenté una vez más. I resbalé, golpeándome los hombros. Me arranqué, lentamente, las alas. Cayeron en el piso lo mismo que mandiles o manteles. I de pronto lloré por mi incapacidad para volar. Un ala sostuve bajo el párpado como enorme pañuelo. I, repentinamente, pensé en unas palabras que había dicho el Angel: —Donde se vuela es hacia dentro. El corazón se me apretó, oprimido por brusca madurez, como un fruto asombrado. I recogí los símbolos. Porque símbolos eran las dos alas, pé-

talos de alguna corola pesada y gigantesca, caídos en el suelo. No sabía qué hacer. Sólo hice un cometa. Las até a un cordel blanco y salí a la llanura. El viento las elevó de pronto. Los niños me rodearon. I a todas sus preguntas, respondía: —Son las alas de un ángel. —Los niños se reían, batían palmas. El cometa volaba muy cercano del cielo. Cuando estaba muy alto, lo abandoné quizás entre las nubes y volví hacia mi lecho. Mas, de pronto, me alcé. Revoloteaba algo en lo más hondo de mi ser. Yo lo sentía níveo y cálido, igual que una pechuga de paloma. Sí, lo mismo que vedada gaviota, que comenzaba a conocer el sol, la lluvia, el viento, una profunda soledad intacta se agitaba muy dentro. Pero súbitamente quiso dispararse hacia fuera, como si pidiera cobijo. Yo no conocía los albergues, aunque tuviera lecho. Pero siempre he aspirado al refugio. Mas no tenía adónde dirigirme. Yo quería algo oscuro, con chispazos. Una vivienda ya penumbrosa por la noche donde fulgían candelas. I recordé unos ojos, como pozos cruzados por destellos acuáticos. Eran ojos angélicos. Cual agua transparente, reflejando la roca. Pero, sobre todo, como amparo. Ojos como la monda del mamey, cubierta de luciérnagas. Pero, sobre todo, acogedores. Cual nidos recubiertos por un brillo de escarcha. I entonces me sentí acompañada, como por un desposeído que no negaba la morada aunque fuera invisible para él. I me tendí en el lecho.

Pero el Angel no ha vuelto. Se alejó con su pisada firme. Yo lo llamé con todo mi fervor. Pero un Angel es libre. No posee guaridas. Va de la ventisca hacia el céfiro.

Yo debo comprender que, además de criatura salvadora, es sobre todo un ser errante. Vuela hacia todo quejido de brisa que teme perecer sobre las negras copas de los compactos árboles. Allí deja un hogar y se aleja. Debe dejar una pared muy blanca. I la brisa se queda guarecida.

Un ángel le da asilo al ventarrón. Para la tempestad, alza cabañas. Yo debí tener viento en mi pecho y un día se me enredaron, como sueltas madejas, todas las hondas ráfagas. Por eso el Angel vino y me donó una rienda. Mas yo lo necesito permanente. Hay un galope interno que denigra de su presencia demasiado ágil. Cuando respiro, es confuso mi aliento. Esta respiración necesita su muro donde tropezar y expandirse. No es lo mismo extenderse en la intemperie que ante una piedra iluminada. Si tuviera un pedrusco, volaría hacia dentro, porque para agitarse en lo interior se requiere que algo nos rodee, con su cerco amoroso y estable.

Han pasado dos días. Pero el Angel no ha vuelto. I yo me extiendo como el vendabal, des-

ordenando el día que ahora me resulta inverosí-
mil porque es nítido y diáfano. Ya todo adentro es
sobresalto oscuro. Ni el recuerdo del Angel me
alivia. Necesito vivienda y sólo él, con su frente de
cal, podría levantarme la casa. Pero no vuelve. I
me agito, posesa de una convulsión creciente. I
en el último ademán convulso, pienso que ya sólo
es posible que me cubra una lápida.

Mas de pronto lo anuncia un cocuyo. I digo
que lo anuncia porque es la única luz que, en me-
dio al fuego diurno, puedo recibir y contemplar.

I está allí, percibiendo mis desatados soplos.
Yo he hablado de sus ojos de un radiante castaño.
Pero no he dicho aún que los ojos de un Angel
son siempre inquisitivos. Atraviesan como filos os-
curos que rasgan sin herir. Como aguijones relu-
cientes que extraen todo ritmo interior, sin que
haya sangre o llaga. Extrajo lentamente el hura-
cán. Mis movimientos íntimos pendieron totalmen-
te de los dos luminosos puñales atezados.

Contempló el salto interno. Observó bien los
brincos turbulentos que daba mi hondo aire. Creí
que ante la gruesa tolvanera iba a darme un co-
mienzo de muralla. Pero sólo con la mano exten-
dida, esa mano ambarina en la que quizás los lar-
gos vuelos marcaban un sereno quebranto, me dio
un poco de cierzo. Mas cuando un Angel quiere
abrigarnos con el frío, sonríe como abriéndonos
la puerta que lleva hacia el sosiego y el descanso.
Nada puedo decir de su sonrisa. Es algo así como

tuve mi frío y también sonreí. I me pareció que
en mis mejillas, surcadas por el gesto de gozo, con-
tinuaba su alegre madrugada.

De nuevo sola. I con el temor batiendo dentro
lo mismo que un pájaro agorero. Volví a temblar
por los demonios. Creía que el demonio—aragua-
to, que el demonio— perico, que el demonio-polli-
no o que el demonio-cuervo iban a aparecerse. Ce-
rré la puerta sin saber porqué. Pues los diablos
no hacen caso de llaves. Lo luciferino, lo angus-
tioso, es aquello que irrumpe. Pensé en el Angel.
También surge de pronto pero, desde el silencio,
se escuchan sus pisadas viriles y, cuando te vuel-
ves y lo miras, ya te encuentras abierta. I si no te
abres porque te recoge su luz, él penetrará en tu
agitación como la quilla en la marea. Entonces, ya
posees un peso velando tu temblor. La carga es-
plendorosa que hace de nuevo renacer tus hom-
bros como un borde de espuma.

Mas ¿para qué decir? Los hombros parecían
ensombrecidos igual que bajo el ala de un cón-
dor. I la pesantez de esta sombra agota oscuramen-
te las espaldas. Bajo la alforja angélica, puedes

más que nunca moverte. I si de pronto el fardo luminoso te hace detener en el camino, alzas la voz y arreas. Porque es como si tú misma lo esperaras, tú misma en la otra orilla, tú misma que estás lejos.

Quería mi cansancio que renueva. Mi fatiga de canastos radiantes. Mi movedizo y limpio agotamiento. Mas me hallaba liviana, capaz de ser asida por la garra infernal, que posee los bultos nocturnos de la orgía, pero jamás la cesta poblada de destellos de la fuerza. Los ojos, además, se extraviaban. Se habían vuelto tenues y no reconocían los objetos. Las manos no encontraban asidero y se tornaban blandas asiendo cada cosa como si cada cosa no naciera de fe sino de vértigo. Era la víspera diabólica. Esperaba la aparición sulfúrea, enemiga del claro surgimiento. Los diablos aparecen como multicolores pesadillas, encadenadas a la fiebre, al aturdimiento, a la embriaguez. En cambio, un Angel aparece porque desconoce los cerrojos. Siempre he dicho que un Angel es una criatura libérrima.

Era, pues, la antesala del diablo. I yo me dije: ¡sea! Que si la soledad no halla retiro, que si la angustia no halla pecho, aceptemos el demoníaco esperpento. Eso es renegar de la carne, que volvía a ser pura sobre el lecho. ¡Ah, pero el cuerpo nada teme! Se enferma o es violado Es algo lujuriante y putrefacto. I se entrega mansamente a la muerte, sin ninguna pregunta, como si se entregara a la codicia. Sólo interroga lo que no es la piel. Aquello que no puede medirse y que despierta, sobrio, cuando el placer se aleja. Tu sueño. Tu conciencia. Tu mente. Con ello se traspasan los límites carnales. Si admites que lo que haces tiene un imperativo de infinito, crees poseer el universo. I entonces, hasta el sollozo es júbilo porque es transformación. I la desaparición es una forma de proseguir viviendo, porque ha ocurrido la metamorfosis de las manos delgadas, de las mejillas pálidas, de los senos estrechos, y todo ello comienza a gravitar en un goce que ya no es tu caricia sino como la alegría desconocida de lo inmenso.

Pero eso yo lo deseché. Porque solía andar sobre la tierra cual sobre la promesa de una plena y sonriente infinitud. Un paso, un ademán, hasta un beso, eran sólo esperanza de espacio. Una mirada, como un preparativo de meteoros. Una sonrisa, cercanía de sol. I había algo en mí que no cabía en ningún sitio. El cálculo precario del mundo cotidiano se burlaba de aquel enorme hallazgo sin cifras ni linderos. I me angustié... I, por mi angustia, quise de nuevo el caracol y el hongo. La naranja, la menta, la cereza. Una mejilla donde colocar mi boca que era boca y no proceso sideral. Una cálida mano que palpar, sin concebir su mancha de holgura planetaria o su pátina amplia de un futuro y radiante paraíso. Desde entonces, sólo lo inmediato, lo visible, lo cercano poseo. I lo poseo sólo un instante, porque cuando se aparta

vuelvo a estar solitaria. No se rescata nada con recuerdos. I si siento un perfume, es como si sintiera respirar el vacío. No es que me sumerja entre unos brazos como en el agua esquiva el enajenado sediento del desierto. Acaricio con la misma soltura, como si de otros mundos resbalaran mis dedos. Pero ya no poseo lo imposible. I por eso no es mío el Angel cuando está lejano. Iracunda, exhausta de los bríos astrales, me levanto negando los encuentros etéreos. Me rebelo ante aquello que no puede mirarse. Hay cierta hostilidad en lo solar. No quiero el Angel que imagino sino el que siento cerca.

Lo que inventamos es, a menudo, un rango cósmico, y por lo tanto, muy consolador. No me quiero débil. I no es que me haya vuelto toda carne. Es que requiero compañía y, cuando no la hallo, es como si la piedra se volviera a la pluma. Este Angel, ¿tendrá su plumaje escondido? ¡Ah qué rabia me dan los armiños! ¡Cómo me reconcilio con los troncos! Yo quiero un Angel duro. No quiero un Angel leve.

Ahora pienso distinto. Lo que sentí fue ira. I maldije lo alado, o la conciencia de lo alado, como si fuera cruel o inexistente. Acaso no sea real percibir la debilidad en la distancia. Acaso sea todo lo contrario. La lejanía de lo que amamos permite un lazo denso, sin cintajos carnales, con su misma ternura que ha huído para ser más total y menos apegada a la frase y al gesto. ¿Hasta qué punto los sentidos impiden el encuentro absoluto? ¿Hasta qué punto lo que no se escucha, la mirada, la palabra del Angel, puede albergar clarines de infinitud en su silencio? Debe ser que me he quedado sola desde que me visitaron los demonios y ansío la voz que baja de los labios del Angel. Lo cierto es que no puedo desasirme de la doliente fijación corpórea. Quizás me quedé inmóvil bajo el demoníaco aletazo y aspiro al ademán raudo del Angel como a un arco que va a conducirme, flecha temerosa y rezagada, a un nuevo y combativo movimiento.

Mas no puedo resistir lo inaudito, sentir regazo en lo que vuela. Tal vez si el Angel se retira es para descubrir la grandeza cabal de nuestro fiel fervor, y ver en qué medida, precisamente por ser grande, se vuelve lúcido y sereno. Pero la grandiosidad me elimina si no halla cauce donde guarecerse, en vez de permitirme avizorar esa fuga consciente del amor que se escapa para comprobar si sentimos, sin cobardía alguna, que la soledad es apariencia.

No resisto la prueba ¡Que me rodeen los demonios, que me claven sus uñas codiciosas, que me ensarten en los senos los cuernos, porque aún no he podido remontarme ni entender que el amor es lo que nunca tiene superficie porque siempre se eleva! Digo que no resisto. Aún me encuentro aferrada a cálida raigambre. La cercanía del Angel, blanca y sujeta al suelo, como raíz enorme cubierta por la nieve. I no era jamás superficial sino igual a un piadoso ultramundo que se había tornado asequible. Yo lo contemplaba, agradecida, quizás porque mi amor es todavía la contemplación y no la resistencia. Acaso porque el hombro sigue herido y desconoce aún el ala. Estoy muda para el canto aéreo. Quizás algunos puedan crecer, alzarse y expandirse, sintiendo que los dedos que aman están en el cristal salpicado de sol y que los párpados que aman pueden hallarse entre las nueces. Mis pasivas espaldas, azotadas por viento impenetrable, reclaman sólo el roce transparente. El índice del Angel, como nacido en agua en donde se reflejan pálidos estallidos de azahar. Mi grito, que se exhaló ante los demonios, exige el diálogo sonoro de otra voz. Porque tengo tan sólo mi estatura, espectante de lar. Por mi frente ya no cruzan las nubes. En mis ojos ya no arden los astros. I no ha vuelto a ser mío el tamaño del cielo. Todo lo que necesito es el umbral. Ni siquiera he pedido una lámpara. Que mi pupila no se encienda. No ansío el seno ardiente sino tan sólo el pecho

protegido. Mi piel, afortunadamente, irradia orfandad pero no quema. Frente al Angel yo siempre he agitado una figura, incapaz de aleteos, ávida del abrigo, pero nunca prendida de deseo. No habré sido presencia porque mantengo el hombro desgarrado, pero jamás he sido ni siquiera celaje de bestia.

Vino un instante pero se marchó. Escuché su pisada desenvuelta y me volví esperando el limpio asilo. Le veía los gestos que ya no parecían sino desplazamientos de marfil. Pero no me construían el techo. Yo padecía. Cuando el cráneo se encuentra desatado, se nos puede conceder el resguardo que custodie y cobije la cabeza. Mi semblante no podía volverse hacia arriba. Allí todo parecía un delirio.

Tal vez el Angel se sentía cansado. Debajo de sus ojos, cortezas aleteantes y amigables, corría tenuemente una ojera de cielo. Quizás venía de una tempestad donde había creado el equilibrio. Siempre levantaba la armonía, como a una serena libertad, en los oscuros y feroces vientos.

Pero yo no podía comprender que un Angel pudiera estar exhausto. Un Angel sólo era el orden claro para el caos y por eso debían serle ha-

bituales las tormentas. Mas no hubo quietud para mi remolino delirante. Sentía dentro del pecho la borrasca y sólo la acallaba porque un Angel coloca en los labios, aunque no nos levante un muro blanco, un lacre arrebolado de espera, de confianza o respeto. I entonces aguardé... Su mano se contraía, se apuñaba, igual que un escarchado recoveco. De sus ojos ahora descendía el verano, tostado por el sol. I encima de sus ojos se levantaba un cobertizo pálido: los párpados, y al lado de los párpados, la frente parecía un presagio de paredes calinas, la iniciación de un recatado y límpido aposento. Mas no fui la habitante. Seguía sin sitio donde reposar.

El Angel habló entonces y su mano que, en lugar de un redil, apresaba un misterio, dejó fluir su burbuja y vi los cinco hilos de agua llenos de guijas albas y de manchas de invierno. Lo que guardaba entre sus dedos, como en nudos cerosos de nardo, no llegaría hasta mi ser. I desde luego, no era una techumbre cubierta de neblina o de palomas. Mas ya no me importaban sus secretos. Quería ver hacia lo alto y hallar allí la cerrazón hermosa o la paz de lo hermético. Solamente—pensé— quiero la tapa de mis cofrecillos cerebrales, de mis cajas craneanas en las que ahora toda la humana joya: la dulzura, la gracia y el amor, por no estar protegida, enmohece. Pero el Angel, sin comprender mi angustia, se sentó. No es extraño que un Angel se siente. Un Angel es lo mismo que

un hombre. Sólo que, aun sentado, se mueve tocado por el ábrego. Ahora me miraba y parecía imposible encontrar la energía universal en unos ojos que son como el hollejo de la almendra. Seguía mirándome y yo podía asegurar que lo oscuro también tiene voz porque los ojos se afincaban en mí, quemados y cercanos, igual que una penumbra melodiosa. Pero de pronto se agitó aún más. Parecía sacudido por algo tempestuoso. Era mi angustia que lo recorría y a la que ansiaba darle fin. Su mano se movía en el aire como un albatros conmovido. En sus ojos volaba una bandada de gorriones trémulos. Pero estaba sereno, pese a la sacudida. Todo lo vertiginoso, lo veloz, lo que impide el descanso, hallaba en él pulpilla, mansedumbre, defensa. Mi angustia, reflejada en sus pupilas... ¡Ah, pero al fondo de sus ojos, en un salto castaño, cálido, penumbroso, sin miedo a la ventisca, corría un hondo ciervo!

Veo agitarse sus cabellos igual que un aletazo de halcón joven. I me pregunto aún cómo es posible que en unos ojos de canela pueda vivir tan infinita luz. Su piel, pálida como siempre, tiene ahora el color del piñón cuando está desprendido de sus cáscaras. No, yo no ansío morderla. Hasta

ahora sólo quise mirar: la piel, a veces pespunteada de venillas, como la flor de lila blanca brotando entre sus hojas azulencas; los ojos en donde, puestas sobre un alto fuego, irradian las castañas; la mano de albayalde nervioso; la boca, como la huella tenue de alguna estrella roja; el perfil alargado de estuco; el cuello, su espiga de cebada.

Dejadme, pues, mirarlo aunque no niego ahora que me gustaría sentir, en torno de mi torso, la fina estalagmita de su brazo. Pero eso no es posible. Un ángel es de todos y no mío. Lo único pertinaz es lo que siento. Eso nadie podrá arrebatármelo. I entonces, como sería anti-angélico que su brazo calcáreo rodeara mi cintura, me miro las rodillas y comprendo para qué fueron hechas. Para que yo me postre. Para que todo el cuerpo se me vuelva solemne, poniéndose de hinojos. No se puede pensar en escorzos, en cabriolas, cuando la carne se halla arrodillada. I me doblego dulcemente, igual que si buscara de nuevo mi pureza, mi fe, mi devoción, ante los largos pies, delgados y calzados de mi Angel. I permitidme que lo llame mío. ¿No es mío todo aquello que siento? ¿No es mía su mirada rocosa, aunque la pose en muchos ojos, como dejando en ellos semillas de maduro palo santo? Como yo no lo ha amado ninguna de las lívidas criaturas que salieron, veloces, a su encuentro, pidiendo el Angel de la Guarda. I ese amor se apodera del rostro blanco como levadura, de los ojos que son como el lucero iluminando una

avellana. Me lo hurto. I aunque él se ría cuando se lo diga, poseeré algo más: su sonrisa, cuyo luminoso despertar ni él mismo podrá un día negarme. Pues ¿a quién se le roba una aurora, si sólo la posee en los ojos?

El Angel habla. Oigo su voz y me la llevo toda. Muy dentro, al fondo de mi corazón, golpeará su aleluya melodiosa, fina y bronca a la vez, plenando los silencios entrañables. El Angel sigue hablando. I yo me voy de bruces... He caído. Difícil hacer nuestra —tan sereno y alegre es su sonido— la voz, siempre con susurro de viento, aunque parezca familiar, de un Angel.

¡Oh alígero de voz vigorosa! ¡Oh mi amado huidizo apto para frenar las tempestades! ¡Ah, cuando yo era niña, tenía un ángel a mi lado, pero estaba en un cromo y llevaba una clámide azulosa y extendía sobre un rostro infantil las espumosas y emplumadas alas! Después me olvidé de él. Hasta que vino el verdadero y con aquel volátil melifluo lo comparo. El ángel verdadero me sigue hablando de niñez. Yo quisiera que hablara de dolor. Como una ligadura interior, salida de lo erguido amoroso, la pena me atenaza la garganta. Pero el Angel no parece creer en mi dolor. Tiene infinitas alegrías y por eso convoca de repente a los niños. I conversa sobre ellos largamente, como si lamentara que yo nunca tuviese vientre grávido. ¡Ah pero si el Angel tiene un ala maternal de cigüeña, oculta por la ropa, pero que me deje entrever algo

de pluma blanca, ya no cumpliré mi postración, me levantaré y tocaré su hombro, y después de un tirón en su hombro, para echarla en la tierra, se la arranco! Yo no quise sus alas de papel o de hilo. Se extendieron en mis manos sedientas como el lienzo de un recio velamen.

A pesar de aquel brío en los ojos, que los volvía inquietos y parecía dividirlos en alillas castañas, cual si fueran dos frutos de pino, el Angel se encontraba extenuado. I yo fui irreverente. No pude comprender aquella sombra levemente azul, aquel humo celeste, resto de una victoria con alguna quemante caldereta, que envolvía su semblante. Debí haberle sonreído aunque tratar de sonreír a veces cuesta más que clavarse un cuchillo, risueño de metal, en los costados. O debí haberle dicho que ya en mi corazón el viento cardinal no se agolpaba. Había sido tan puro conmigo... Me arrebató con tal ímpetu dulce del ataque sarmentoso del diablo. Pero no pude hacerlo. ¿Por qué la soledad se convierte de pronto en egoísmo? ¿Por qué el dolor desconoce lo que es la gratitud? Aunque el sufrimiento sea tan profundo que nos recorra todos como segunda sangre, uno puede recordar el buen don y extender esa mano donde fue recibido,

para dar lentamente las gracias. Estar agradecidos, sin embargo, no se muestra en el gesto ni en la voz, sino tan sólo en la actitud. Es sonreír sintiendo la hecatombe, levantar una rosa de mejilla sonriente en la catástrofe. Debí haberle sugerido: —duerma... Por otra parte, debe ser un consuelo mirar cómo desciende, sobre los ojos como venadillos, esa hoja otoñal, rugosa, amarillenta, del párpado de un ángel. Pero no he sido generosa mientras él agitaba el índice ambarino y juvenil en donde hasta la uña parecía destello de una dádiva.

Pero una cosa me pregunto, al entender que lo doliente me impide agradecer: ¿por qué sufro? ¿No se alejaron los demonios? ¿No vela por mis hombros heridos la mirada de un Angel, henchida de bellotas cubiertas de relente? I, ya de pronto, lo descubro todo. I percibo la segura condena. ¡Sí, maldíganme, cielos, estrellas, clavad en mí las cinco aristas, y tú, edén, niégame el eterno y azulenco verdor, porque yo amo a un Angel!

Sin embargo, no se tiene la culpa de amar. El amor no es conciente. Es un gorjeo, un alarido, un trueno, un silencioso sol, una miseria plena y un milagro. Es un advenimiento, no una búsqueda. Por encima de todas las pesquisas, de todos los que indagan, pensativos, ante una prieta sombra misteriosa, aflora sin reservas, seguro de su luz que no pregunta, como un amanecer espontáneo. Y ya no tengo miedo. Los ojos se extasiaron ante unas

manos volanderas que levantaban, a cada gesto limpio, y ante todo mi viento, serenos balanceos de arrozales. Pero el amor, precisamente porque resplandece, porque, lo mismo que el amanecer, revela los perfiles de los árboles, es sobre todo entrega. I por eso, cuando el Angel me muestre su rostro recorrido por la pátina índiga, humareda que sube a su barbilla cuando triunfa en ardientes espacios, le voy a sonreír y a decir que el dolor ya no salta en mi pecho. ¡Ah, cómo el pecho que ama se ofrece como un ámbito rendido, olvidado de la íntima dolencia que puede oscuramente ensimismarlo! Por lo menos una ofrenda de paz, aunque no sea cierta, una estrella en mis ojos, aunque se haya forjado en el sollozo, tengo totalmente que darle.

EL ESPECTRO

"Sólo aquel que es capaz de perder su vida, es capaz de ganarla".

Karl Gustav Jung.

Entonces todo debía terminar o buscar una nueva dimensión. Aunque el Angel estuviese cercano, no podía ser mío, y si lo dije alguna vez fue por la razón de mis ojos absortos en su cara que, aunque se elevaba a mi lado, me concedía la total ausencia. De pronto adivinaba que si yo viviera en las estrellas todo sería luminoso, con algo de temblor todavía pero poseído de luz. El Angel conocía su cielo. Nunca me habló de él pero yo presentía en su voz una belleza sobrenatural, terriblemente clara. Sin embargo, no le pedí nunca ni una pincelada de añil. El estaba en el mundo y yo debía vivir como una criatura no arrebatada por el viento. Pero decidí la escapatoria después de haber visto una vez más sus ojos de penumbra donde brillaba un polvo de lucero. Esta polvareda de astros, cruzando por las balsas oscuras de los ojos, yo quería poseerla en un rapto supremo.

No sé cómo pero lo decidí. Cual pequeños laberintos de musgo, me saltaron las venas. Corrieron por mis brazos los coágulos cual grumos irisados de resina. Toda yo parecía salpicada por un puñado de grosellas. I todo daba vueltas ante mí. El mundo se agitaba cual un trompo veloz y abigarrado. Hizo un áspero ruido mi cabeza al caer. Me quedé quieta, sin huracán que me empujara. No hubo agonía ni estremecimiento. Las ráfagas habían entrado por mi boca, mas ya no penetraban pues yo permanecía sin aspiración y sin aliento. Todo fue tan sencillo cual si hubieran mordido una miga de la que manara un zumo carmesí. Se acabó la conciencia. Luego, muy lentamente, algo se desprendió de mi cuerpo caído, como un humo blancuzco. Era yo misma, pero diáfana y tenue. De pronto penetré a un rescoldo. La llamarada era rojiza pero la ceniza tenía a veces un tono de paloma torcaz, gris y azulado. Pensé que era un fragmento celestial. Yo merecía el cielo. Había trabajado, luchado, amado y no tenía la culpa de haberme enamorado de un ángel. Entonces, ví mis venas. Dentro de mi halo vítreo, había sólo raicillas verdosas en donde se posaba, con su penacho grana, un líquido y fluyente cardenal. En mi pecho ya el trigo no era sacudido por ventisca. I de pronto miré hacia la tierra. Porque yo estaba lejos, encima, como una nubecilla pronta a caer en lluvia. En la tierra, vi tendido mi cuerpo. Vi criaturas queridas. I luego vi la frente de sílice, las manos ambarinas, las manos como lirios no resueltos del todo a ser flor sino espuma moviente de cascada. Vi al Angel y vi sus ojos húmedos. Parecían de barro vidriado. El miraba mi brazo, ya de color de hueso. Mi pecho, aún tibio, como una losa amarillenta. Mi cabello, desparramado sobre el almohadón, como gigante ala de torda. Mi mano, un enorme jazmín sobre el pecho, dejando manchados de sanguaza, pero todavía fragantes, los pétalos. Mi frente, abriendo al fin sus sienes como alas demudadas de una pajarita de papel. I mis ojos abiertos, leñosos, madera de ataúd.

No quería que cubriesen mi rostro con la sábana. Si había que cubrirlo, que buscaran por torreones y copas de altos árboles, los restos del cometa, que sólo un ala fuerte, marinera de cielo, envolviera mi sufrido semblante. El Angel parecía entenderme y dejó la cara al descubierto. ¡Cómo me alegraron sus ojos en los que se agitaban las raíces más claras del helecho humedecidas por una llovizna deslumbrante! Pensaba en mí. Pensaba en todo lo que fue mi ser, mármol pulverizado. Le dolía muy hondo mi muerte mientras yo le decía desde arriba —no sé si podría oírme— que yo le seguiría aladamente, que yo podía volar, que estaría con él en su terrenal intimidad, entre los libros, las estampas y el azul objeto. No, yo no tenía alas. Pero sentía una ligereza inconcebible.

Los ojos del Angel se agitaban cual mariposas pardas. I cuando el llanto los humedecía, parecían de caoba cubierta de cocuyos. En él, hasta el dolor era como sombra de árbol guarnecida de brillo de hojas y luciérnagas.

Y volvió a su tarea. Entonces, raudamente, descendí. I penetré con él en el recinto. No me veía. Me extendí ante sus ojos como un velo de novia. Me vio y se estremeció. Sus nudillos de antiguo pergamino golpeaban su alta frente. —No te esquiles las sienes —le decía, con una nueva voz, metálica, tranquila, vibrante, como del que ha vivido en las estrellas. No sé si me escuchaba pero estaba espectante. De pronto, se me puso contrito. Me dio pena, pero como había sido un gran ángel burlón ante la mía, agregué: —Yo fui tu falla única, tu única derrota, tu única deserción, tu única pérdida. Me buscó en derredor. Quizás quería golpearme. Pero yo había desaparecido. Luego, se sentó lentamente. Entonces yo volví y, echándome a sus pies, murmuré: —Nadie sobrevive cuando ama y no es amado. Ahora te puedo amar de otra manera. Desde los firmamentos donde no hay inquietud. Ya no ansío los abrazos porque soy solamente la vaporosa trascendencia. Si acaso me besaras, sería como besar un destello lunar. Pero seguía serio y pensativo. —¿Por qué no sonríes? —pregunté—. Tu boca fina ha sido dibujada por un pincel hundido en aguas donde se reflejan, cargadas de capullos, las rosadas adelfas. Sus ojos

se contraían en oscuras escamas, estróbilos bañados por el sol. Su mano se alzaba hasta su frente y yo me decía interiormente: —aquí debe haber mucho verdor pues en esos dos puntos: las sienes y los dedos, florecen el naranjo, el limonero. I luego dije al Angel: —nadie tiene la culpa de lo que sucedió. Al amor le tememos mucho más que a la muerte. I de este amor hacia lo alado y lo aleteante no podía salvarme. Quizás porque me amabas como un ángel... Pero eso ya no importa. He buscado flotar en los aires, hacer libre y volante mi amor, y ahora creo obtenerlo. No pudiste elevar mis sacudidas. Pero es que hay sacudidas incurables. A muchos de los seres que viven no se les puede moderar estertor, loco dinamismo y espasmo. Entonces ¿qué hubieras preferido? ¿Que te quisiera sin infinitud? ¿Que cambiara mis sueños por el sexo? Me alegro enormemente de ser una traslúcida criatura. Entonces, como no me miraba y alejaba sus sienes —¡ah, cómo es arduo perder finas y pequeñas estepas recubiertas de nieve!— quise hacerle reír y le expresé: —ahora viene a tu encuentro una fea criatura. I debe valer más hallarse ante los pies a la hermosa, la amorosa fantasma, que platicar con la doncella fea.

Tus ojos, cafetales soleados, florecen en tus sienes. Tu cabello, color de té seco, siempre deja caer en la frente una mecha castaña. Eres un Angel vivo. Yo fui tu enamorada cabizbaja y trigueña. Ahora, grácil, leve y alada, penetro en tu recinto y desordeno los papeles. Ahora estás buscando algunas páginas. Mas ¿qué pliego más liso que tus sienes? Cērca de ellas, además, lo mejor de la tierra está escrito con plumas pardas de pestañas: la belleza, la bondad, la plenitud y la serenidad, y la luz, el don definitivo de la luz en los ojos de lúcida poza que se vuelca.

Has encontrado lo perdido y te sientas, aparentando afán, para leer. Quieres hacerme comprender que no me has visto, frente a ti, con los ojos posados en tu cara como gusanillos de luz. Mas los tuyos no quieren verme. Pero, de pronto, vuelves el cuello de papiro y miras. Tus ojos, llenos de chispas de oro, parecieran dos grandes venturinas. I por eso, quizás, no querían perder mi vidrio volandero. La gema avellanada, cubierta de puntitos de sol, y lo cristalino se comprenden. Sí, yo estoy ante ti, como aquello que se oculta en la sávila, agolpado y transparente. Mi cabeza se esparce, en hebras vagorosas, como un nimbo. Aunque tú te reías del nácar-preferías las nubes o la espuma— mis pies ya son así, brillantes y sedosos y fríos, pero ya los escondo bajo la larga falda de neblina para que no los veas.

¿No me miras más? ¿Por qué te vuelves? Angel mío, hasta mi puño es un trozo pequeño de cristal, que con cualquier sacudida de tu mano, se volvería añicos... ¿Recogerías del suelo los caídos pulgares cristalinos? Sólo una cosa puedo asegurarte: si quisiera besarte, abrazarte, te cruzaría el semblante, la cintura, como un sutilísimo cendal al que no podrías apresar porque es veloz y escuridizo, saltarín y ligero. ¿No sientes en los labios una súbita brisa? Sólo así son mis besos, una brisa inalcanzable para ti.

¿Me rehuyes? Toma, entonces, mi mano de cristal y rómpela en diez diáfanos fragmentos. Medita, sin embargo, en que todas las mujeres que te aman no te aman como yo. Yo te amo desde el aire estrellado. Todas las que te aman tienen ropas y joyas y abanicos. Mas yo soy singular. Soy algo cabrilleante que cintila, algo que tiene peces y rocío, una delgada nube, un agua cariciosa que te envuelve.

I descendí de nuevo. Quería ver a mi Angel. Cuando un espectro gime, es porque todo lo vivido lo apresa con su inmensa nostalgia. I lo hallé con su mano de recio maná sosteniendo un dibujo. Yo estaba sola. Buscaba los recodos apacibles, los re-

covecos tibios y allí muy suavemente me tendía, como sintiendo asilos, y lloraba. Mi llanto era transparente como lo son algunas savias.

El Angel me miró y se quedó quieto lo mismo que si no comprendiera que yo acudía a él como una enorme lágrima. Entonces, los Angeles ¿no sosiegan el lloro? De pronto, se volvió. I vi, desordenado como siempre, su cabello de brillo coriáceo. Su cuello se elevaba como un cirio. I su frente era creta limpia y suavizada. Entonces vi sus ojos y me sobrecogí. Eran, como siempre, castaños, pero duros y brillaban de un modo singular, como si un agua oscura lanzara rocas pardas a mi encuentro. Era una mirada de roble, pero a la vez amenazante. Entonces oí hablar a un gran ángel gruñón. Me regañó con furia. ¡Ah su boca amorosa y protectora de donde resbalaban las palabras como pétalos de alguna flor de almendro, ligeramente sonrosada! ¡Cómo lo amaba y cómo lo desconocía! Me reclamó mi sitio solitario. Me señaló mi espectro escandaloso. Pero —¿cómo? —indagué—. Aún necesito amparo. Busco pechos y conchas y paz y palomares. En ellos recuerdo tu ternura, tu celo, tu cuidado. —Pero me seguía reprochando. Era aún muy hermosa su voz como un maravilloso chapoteo, pero era también inclemente y yo me sentía náufraga. Entonces pensé si un ángel de tinieblas batallaba con otro, de luz, dentro de él. Porque éste no era mi Angel. No tenía un susurro de compañía en la voz. Atravesé las puertas. No quería

los aires sino la sola nada. Me habían empujado a un orbe escuálido. I en el vacío todo está raramente tranquilo porque se encuentra muerto. Pero entonces quise ser, otra vez, el fantasma. —Angel, devuélveme el espectro aunque oculte su cara de greda sollozante. Yo no seguí llorando mientras me aborrecías. I si vuelven a caer gotas de mis ojos, enséñame a ponerme reseca, y que toda mi queja lluviosa se haga silente erosión en mi garganta. No me deseo húmeda. Explícame qué haré para ser árida.

No, tú no eres la tiniebla porque tus grandes, tu abiertos ojos son una sombra clara y constelada. Antes de yo marcharme, me pediste la mano. ¿I no recuerdas que en tu mano te dejé una de mis mejilas igual a un ala de chicharra?

Yo no quiero ofender. Debo ser lo que soy: un resto vago que ignora aún la discreción. Bien que yo protestara cuando tenía puños y cabeza y que todo ello lo golpeara contra enrejadas y ásperas paredes. Pero ya no. ¿Qué puede concebir un fantasma sino palabras de humo? Contemplo al Angel triste. Oigo al Angel colérico. I recuerdo que lo rebatí. ¡Pero, Dios mío, todo lo que yo digo es polvo y no ceniza con futuro! ¿Cómo

ha podido la criatura cósmica, con su mirada sobrenatural, prestarle la más mínima atención a un halo parlanchín que ha salido del hueso? Dejadme mi humildad de sudario. Arrojadme sobre nieves marmóreas para que así recobre mi mortaja, recubriendo la huella de mi boca, como venda de piedra. Que no puedo tener orgullo de mi voz porque es aún aire donde aletean mariposas negras. I si aún quiero ser en el vocablo, pese a mordazas pétreas, colocad un hambriento gusano sobre el lastre de mis lívidos labios y así no habrá más fango discursivo ni escoria vanidosa ni mendrugo rebelde. No quiero zaherir. I, además, no tengo derecho a discutir pues no soy todavía ni siquiera una pulpa incolora de espectro. Acaso me ha quedado la copiosa costumbre de vivir y por eso me siento cual tiniebla sonora. Campanillas le quedan hasta al más lacerado e inerte. I sin embargo, de la vida sólo me ha quedado el dolor, o lo que es lo mismo, el amor. El sufrimiento es lo que más nos hunde, porque aun estando vivos, nos separa del mundo, nos hace recogidos, nos carga de ánimos de plomo, y entonces es como si uno percibiera un interior enterramiento. Yo no puedo decirle al dolor: entra o acude, como un curioso que lo ignora, porque de todo lo que existe en tierra, no fue nunca un hervor desconocido o algún oscuro y grávido misterio. Fue mi joroba. Lo es aún, sobre la forma que se esfuma, como una giba de éter. Pero no la rechazo. Podría herir a un

Angel si rechazo esta gruesa corcova cristalina, hecha de lágrimas vertidas, pues el llanto jamás entró en recogimiento. Para aprender a ser fantasma, y sobre todo un halo puro, digo ante el lloro máximo y deforme: no eres lo que me agobia; eres tan sólo lo que me conceden. Mas ¿para qué decir? ¿No habré agredido con mis frases? No he querido ultrajar... Angel, por favor, abre la puerta y que yo pueda irme envuelta en mis cabellos que ahora son largas larvas. Pero no. No abras, ni siquiera, la puerta. Ya es excesiva dádiva haber charlado, con mi acento de bruma, ante ti. Habría que remediar este milagro. Ahora abro la puerta con mi mano de mica. I te prometo sufrir más. Es poco, pero acaso es lo único que yo pueda ofrecerte.

Yo conocí dolores y miserias cuando era una mujer. Ahora, que soy de nebulosa, no puedo comprender que mi rostro de bruma sea golpeado por un duro llanto. El llanto, además, sube al pecho de nicho igual que si subiera de los pies, paso a paso, punzada a punzada. No se lo deseo ni al más cruel. Es igual que un ovillo escalofriante que está

dentro del seno fantasmal y no se libra nunca aunque por mis mejillas ya muertas corran fijas hilachas de lloro. Pareciera que es lo único firme que vuelve a ser en mi fantasma.

¿Adónde voy con esto? Tengo aún mi fragmento celestial pero es fino y elástico y yo quisiera un rincón pétreo para llorar y gritar como una fiera herida, y esperar, a sabiendas, de que después del flúido, surgirá el nuevo nudo y se desatarán todas las resistentes lágrimas. No sé ni lo que son. No se vuelcan. Me vuelcan. Azotan las mejillas. Son como granito inmortal en la espectral garganta.

Llorar no es lo mismo que fluir; es, sobre todo, despeñarse. ¡Oh, mi alado, que tu alegre sonrisa luminosa perdone a mi figura, que fue henchida y sedosa esperanza, ya no sólo mi espectro sino el agua cargada de columnas que fluye de mis ojos y me convierte en íngrima cariátide! ¡Ah, por Dios, sostenedme y echadme sobre un lecho muy férreo, cubierta por pesados arrecifes y con un hormigón por almohada! Nada puedo decirte de lo que ahora siento. Se me cerró la boca como cueva. Vuélvete, márchate, sonríe... Olvida mi dureza impregnada. Pero si existe el sitio que yo espero, ese sitio en que el lloro o la quemante lava, desciende en alarido de volcanes, hazme entrar y no pronuncies una sola palabra. Que tu voz generosa será solamente para mí una alegría ajena, apetecida, y dejará mis ojos convertidos

en macizos chubascos. Que no escuches mi llanto, fuerte y gris como acero.

Ahora miro pequeños aludes en tus sienes y me maltrato el rostro con las sólidas manos cristalinas. Pero es inútil. El agua de mis ojos está llena de llorantes guijarros y un invencible, un recio arroyo desciende lentamente, cargado de balaustres, por mis párpados. I ahora que tus ojos, como madera fina surcada por relámpagos, se posan en los míos, quisiera estarme quieta. Pero yo estoy atada a un amoroso y doloroso dolmen. Dentro de mi pecho se prepara un sollozante acantilado.

Esta medusa, hundida en el sollozo, de mi espectro, no ansía ser primera ni última. Pues no sabe de cifras sino de inmensas y lloradas aguas. Sólo quiere ser única. I no es por pretensión. Más que una pena, más que una iracundia, más aún que un encuentro, ¿no te produje asombro, maduro y sabio Angel? Cuando se topan ánimas sencillas, húmedas de pesar, impregnadas de angustia, sabes cómo volverlas al apacible arroyo de su calma. I cuando observas dejos de cuerpo elemen-

tales, perdidos en el miedo o la congoja, conoces lo que harás para dejarlos en la fuente inicial de su descanso. Pero cuando te cerca mi delgada medusa que ya no tiene vida, ¿cómo no puedes extender las manos, donde irrumpen los brezos albarizos, para entregarme un pálido sosiego? He comprendido, al fin. Olvidas los caminos del reposo, no cuentan para ti, Angel que tienes ojos pardos y tiernos como el lomo del jilguero, todos los procedimientos que podrían llevarme a la sonrisa, cuando te cerca mi fantasma. I por eso es que me encuentro insólita. I por eso también me descubro nueva y prodigiosa para ti. No entiendes, a menudo, cómo sufro. Ignoras, con frecuencia, la peculiaridad con que te amo.

Amor... Una palabra que era dulce, una palabra que era hermosa, una palabra que era plena, y ahora... ¡amor, amor, una palabra que contiene espanto! Tranquilízame, Angel, cuyos cabellos son como el ala de la codorniz, puesto que aún no puedes intuir ni adivinarme. Si alguna vez te pido que acudas a mi ámbito, secreto todavía para ti, no es porque yo me sienta la primera de todas tus criaturas y ansío que ese pobre prestigio se haga prédica. Soy acaso la última, ¿comprendes? porque como ninguna, ante el amanecer de tu frente, me contraigo y arrastro. Pero también por eso soy una aparición espectral inaudita. Porque yo siento, adentro, de un modo singular. No como si sintiera, mas como si el sentimiento me apedreara.

Siento, cuando estás lejos, como si el sentimiento me halara los cabellos ni siquiera con manos iracundas sino con fauces de dragones o con dientes de hambrientos dinosaurios. Siento dentro del pecho un dolor semejante a una torre, un grito mudo que no puede abrirse pues el espacio inmenso, ¡todo el espacio inmenso! le resulta escaso. Siento que lo pequeño es un invento. Que mis dedos, mis ojos, mis uñas, mi boca y hasta mi corazón, donde el duelo no cabe, son como la carga triste, innecesaria, sobrante, de una fábula. Siento como si las montañas decidieran hacer un nudo en mi garganta. Siento también que el lloro es un reguero inútil y engañoso. ¡Ah, porque todo un infierno, todo un infierno horrible por su aparente transparencia, debía brotar con cada lágrima!

Ahora no siento que vendrás. I lo que se siente es lo verdadero. Sólo siento el anhelo cósmico y gigantesco de que vengas. Tus ojos amorosos, donde corren rebaños de martas, parecen proteger y abrigar. Tú ansías, además, lo que yo soy que es lo desconocido. Eso balbucean o sugieren tus labios, como un fluido manando de alguna fina baya sonrosada. Entonces, tú, ¿vendrás? Porque si eso no ocurre, ¿qué le queda a mi espectro? Lo que no hice jamás porque me resultaba insufrible. Todavía tenía límites. O rebeldía. O esperanza. Pero ante todo el bulto doliente que desbordan mis espaldas, ¿cabe aún un mayúsculo dolor? ¡Anímate, absoluta sufridora! Ve y contempla

tu cuerpo caído. Toca tu podredumbre en donde ya está nevando tu osamenta. I mide lo que cubre tus huesos donde aún están hebras de carne. Mas yo no sé medir ni contar. Aún me queda albedrío de cielo para que yo no pueda calcular mis gusanos.

Angel, si te tuve una vez a mi lado, si todavía me esperas, comprendo que eso solamente puede ser una incidencia para ti. No niego la ternura que me diste, la comprensión que me ofrendaste ni tu ímpetu donado. Todo lo contrario. Tan sólo te podría decir que yo soy incidencia no porque lo quisiste sino porque mi vida fantasmal, toda pincelada de córnea, no supo recibir lo que entregabas. Si sólo una mirada tuya es una quemadura luminosa, feliz, providencial, yo debí valorarte.

Yo no soy más que una niebla, surcada por las sombras, ante ti. Porque sufrir no es privilegio. I sollozar, ser sollozo, solamente en mí es nuevo. Sobre todo gritar, gritar, sin grito oído, se vuelve lentamente intolerable. ¡Si a lo menos gritara, gimiera, me quejara y bramara con mi espectral garganta! Eso sería más claro, en su infierno sonoro, para un Angel.

Entiendo en mi silencio aterrador. No te soy suficiente. Tengo quizás aún un girón de transparencia que te resulta demasiado suave.

Además, yo me extiendo en la tierra, golpeándome en el cuello, lo mismo que regato irascible. I tú, aunque estés aquí, tienes siempre tu altura. Te ha de aburrir mi angustia líquida. No, no es cierto que los ángeles se aburran. Pero sí que se vuelven exhaustos.

Nunca te he podido alcanzar. Porque yo estoy caída. I, por lo tanto, es natural que renuncie a todo llamado y a la fuente fértil y musical de tu palabra. No, ya no espero que llames, Angel mío, ni que me des las aguas en ascenso. No soy digna de ningún llamamiento, de ninguna cascada de mi Angel. Soy una sangre que no sube. Una costra grisácea. Delgado, incoloro, inepto es mi fantasma. ¿Cómo pude esperar que tú cumplieras lo ofrecido y que en la noche, abierta como un clamor buscando tu vocablo, me llamaras? ¿Acaso no bastaba conque me lo ofrecieras? ¿De qué fiebre estoy hecha para rogarte más? ¿Cómo llegué a creer que el Angel puro, me favoreciera con su voz? ¿Quién soy yo? Tan sólo una espiral sobrecogida.

Angel, no cumplas nunca. Ofréceme algo precisamente para no cumplirlo. Castígame. Fui demasiado vanidosa cuando supuse que lo harías.

Sacúdeme, desgárrame. ¿Cómo pude pensar en una noche que tu rayo de sol era aún mío si soy tan sólo una presencia opaca? Yo oscurezco tu luz, Angel mío. I desde hoy —te lo juro— sé que no merezco ni un solo día radiante.

Un día te exigí la alegría. Otro día te supliqué una hora solar. Otro, en que yo estaba de rodillas, viéndote y adorándote, me puse a hablar de impulsos para que me los dieras. No sé por qué lo hice. Ignoro cómo me atreví. Quizás la sed pueda más que el respeto. Quizás la vena rota pueda más que el amor. Yo necesito de ti, para sentir el ímpetu, el júbilo, la inmensa luminaria. ¡Ah, pero no es posible que un fantasma precario como yo, molesto como yo, pueda aspirar a tanta dádiva!

Mi pobre ser gaseoso quisiera agradecerte lo que has depositado entre mis lumínicas manos. ¿Qué puedo hacer? ¿Decirte que me debo morir otra vez, sintiendo, padeciendo la carroña para que al fin un acto mío, un sacrificio mío, sirva de acción de gracias?

¡Oh ayudadme, cuidadme, protegedme! Pero ¿quién es esta cosa sin encarnadura, vaga, sufriente, frágil, que todavía puede ambicionar la protección, la ayuda o el cuidado?

¡Cállate, ávido fantasma! Que tan sólo te otorguen la intemperie, la indiferencia, la total lejanía, porque no eres más que una llaga neblinosa

contemplando la frente, la mirística, de donde brotan lentamente, las semillas de los ojos del Angel, como nueces moscadas!

Mi Angel conmigo ha sido espléndido. No merezco ni siquiera su tesoro de olvido, ya que todo el que olvida es porque siente la nostalgia. Angel mío, jamás me brindes nada. Ni siquiera un hilillo de voz, aunque de ello se cuelgue mi vida. Soy un espectro absurdo o una densidad tan posesa de amor y de orfandad que puede resultar escalofriante. Sí, sentí y siento un soberano amor. Pero ya no lo llamo soberano. Porque ya no poseo sino dolor, sólo soledad y sólo lágrima. Mi amor, tan confundido con la pena, ¿cómo pude enseñártelo?

Entonces, que yo muera una vez más. Un día me dijiste que sabrías enseñarme a morir. Dame esa última ofrenda. Que ya me descompongo como si fuera un agua dura. I sobre los fragmentos de acalefo, que semejan mis lastres fantasmales, yo quisiera... ¡No lo digas, por Dios! Pues sí. Voy a decirlo. Angel mío, ten para mí este último derroche. Yo quisiera que se posaran un instante en mí tus ojos resplandecientes y castaños. Perdóname. Pasa, pasa sin verme. Comprendo que, aún en plena muerte, te he pedido un exceso risible. Comprendo que tus ojos son lo imposible para mí. Cierra entonces los ojos. Sin embargo, ¡los tienes abiertos y me prometes, como si la primavera resurgiera, que sí me llamarás, y que todas tus promesas se cumplirán un día y que tú siempre serás

mi Angel! Ahora, ¿qué hago de mí? Ya no puedo pedirte perdón. Me resulta verbal. Acaso sólo podría pedirte que me maldijeras. ¿No? ¿Por qué no? Déjame, entonces, humillarme.

Entonces, has venido a buscarme. Tienes la frente como una lisa lana de cordero y los ojos, pardos y amarillentos, se alzan ante mí como dos sámaras. Yo no esperaba tu presencia. Contaba para siempre con tu huída, o lo que es lo mismo, tu amenaza. Expresas: —Nada de lo que he dicho lo retiro —y me río por dentro sabiendo que lo has retirado. Entonces, con el llanto todavía surtiéndome los ojos, quiero cantar para los cielos y mi boca, ya una línea gaseosa, se entreabre lentamente como un alma. Está bien. Nada, nada retiras. Pero ¿por qué viniste hacia mi encuentro? Sí, yo estaba llamándote pero quizás no oíste o eso no es bastante para acudir a quien nos llama. Tú viniste no más porque deseas que mi espectro se cubra de vitalidad y de carne. Desde el instante en que irrumpiste, reconocí ese privilegio. Tu cariño, después de la iracundia, fue para mí la dádiva de un rango. A las otras criaturas a quienes les has dado bondad y claridad, las proteges un rato y luego te remontas, alejándote. Ahora sé que de

mí no te alejas. I siento que te soy necesaria. Quizás porque miraste mi corola que se volvió voluta y ansías de nuevo hacerme sencilla, viviente y aromada.

Percibo tu presencia que me orienta. Tu mano que señala los rumbos, desde su pálido y a veces contraído alabastro. Sé que maduras el maíz, que haces relumbrar el topacio, pero que, por encima de todo, vigilas mi cosecha de trigo, ya brumoso quizás, y en cada raro grano. I comprendo que aquello que dijiste fue porque, en lugar de espigas, te dieron un fantasma. ¡Ah, cómo me olvidé de tu deseo de que yo fuera vida soleada y alegría! ¿Cómo el amor más hondo puede hacerse vidrioso y fantasmal? Te lo recuerdo: sólo porque te amaba, y no podía tenerte, mi encarnadura se hizo aire. Mas tú también me amas. Lo descubro. De una manera densamente pura, pero hoy lo reconozco y mi estela orgullosa se tiende lentamente para ti. I tus ojos me observan, conteniendo un futuro con muy vívidas alas. ¿Podré algún día ascender? ¿Qué me dicen tus ojos, como dos luminosas crisálidas? ¿Eres el Angel de la Anunciación? I pido interiormente: anúnciale a mi cuerpo neblinoso, a mi delgada mano adamantina, que de nuevo habrá una humanidad para mí. ¿O te he ofendido demasiado? Tu sonrisa se abre como un destello de perdón. I como me he vuelto porque ya te retiras, toda tu sonrisa generosa corre dentro de mí como un lucero prometedor del alba.

He amado a muchos. Ahora que retornas, mi persistente alado, podría decirte que del amor total, hacia todos los seres, he practicado sus misterios. Podría a la vez decirte que nuestro ser enteco y delicado se despliega cuando, entre oración, júbilo y canto, corren criaturas defendiendo banderas o templos. I que también entonces existe intimidad. Es como si el hombre se desdoblara todo sin perderse a sí mismo, o que el yo decidiera vivir en una trascendencia. Así es tu amor, sólo de humanidad o de universo. Pero ¿podrías negar que es tuyo? ¿Quién, sino tú, lo sabe? Tu persona, poblada de luz, no puede substituirse por ninguna aunque posea infinitud. Eres tú quien la siente. Eres tu propia fe. Así lo sentí yo, dentro de una plegaria o un himno que aceptaba mi lúcida reserva.

Entra, Angel, con tus ojos donde flotan planarias, y niégame hasta el borde calizo de tus manos. Pero escucha, mientras siento a tu lado la dulzura impasible de los mártires o la aspereza trémula del héroe.

Yo he amado a uno. ¿Anatema, flaqueza? Pero es curioso. No puedo acaparar ni su perfil ni su sonrisa. Nadie posee totalmente. Hay sólo búsqueda de un profundo y lejano acaecer que se decide apenas a aflorar en caricias. Pero hay también una verdad frente a esa impotencia: que uno ha elegido un solo rostro entre los miles que rodean y sin saber por qué. ¿No sería también para salir en busca del secreto? Porque a una fuente, desconocida aún, nos lleva esta elección natural que escogió sin recurso de conciencia. En el amor no hay cálculo. Es iluminación. I así uno es envuelto por cántico o discurso como por unos ojos donde asoman, cargados aún de sombra acogedora, los pardos capullos del enebro.

Escúchame. Yo te escogí sin decisión alguna, involuntaria y asombrada, y esta elección te resulta pequeña. Sin embargo, yo no pedí esta pequeñez. Se me depositó, sin que yo la esperase, en el pecho. Nunca fue reflexión sino dádiva y yo nunca dudé de la misteriosa dimensión que existe en toda ofrenda.

¡Qué grande soy, desde esto que tú llamas el mínimo tamaño, qué grande soy, caída bajo el ala de alondra de tus ojos, qué misteriosa soy, cuán sideral, qué dulce y verdadera! Me lo reprochas. Yo no podría decidir ahora convertirte en un aire estrellado, pues temo hallar tu risa en las constelaciones y las últimas nubes. I no quiero después que me reclames que por un Angel hombre yo he sustituido el cielo. Pero escucha... Hay maneras intactas y puras de recibir alcances de infinito. Sentirse poseído por la hazaña o por el aleluya.

O amar un solo rostro. Eso también es don. No es algo que se juzgue sino que, de pronto, deslumbra y aparece. ¿I qué voz insensible puede negar que hay un advenimiento de plenitud y paraíso en las visiones y el deslumbramiento? Al mismo tiempo, el misticismo irradia en los ojos que miran, suspenso y pertinaz, un rostro angélico.

Estás en todas partes y por los siglos de los siglos, y en cada fruto de algarrobo vuelven a entreabrirse tus ojos y en cada agua de abedul miro irradiar tus sienes. I ya todo eres tú. Esto también es senda para encontrar lo inmenso. ¿Que el amor nos ensancha, nos explaya y derrama? ¡Quién lo duda! En el mijo se formaron tus manos. Protestas por tus manos. En el erizo calcinado he visto un sesgo de tus dedos. Te indignas. ¿Piensas, acaso, que unos índices finos cual aliarias han de llevarme a la limitación? Es un prejuicio, mi Angel. No hay medidas ni límites. Sólo hay vías. Una mano palpando una mejilla, si está llena de amor, sólo permite al cosmos ser más dulce y más claro, y que todo lo arcano, de pronto, adquiera un matiz tierno. El amor entre dos es así: una expansión más densa que el viento y el oleaje, una red más oscura para alzar cabrilleos inauditos, un extraño y sutil desplazamiento.

Déjame agitarme en torno del camino de tu rostro, alrededor de las perdices sufrientes de tus ojos, sin saber cómo pude todavía elegir en la zona sin tiempo. Quizás porque mi amor halló unos

ojos sobrehumanos y pensó que había un solo sendero para adorar a un ángel y que ese sendero era la muerte. La carne se corrompe. Los huesos se deshacen. Deben estar corriendo cenizas por mis párpados. Debe haber un gusano posado en mi mejilla que fue limpia. I solamente sobrevive el amoroso y el amante espectro. I te ama a ti, sin que tú lo consueles porque no lo comprendes.

¡Anímate, mi alado! Por la segunda vez, atrévete. Llámame bagatela o menudencia. Yo, cargada de montañas, de catedrales y de espacios de ti, me detendré para escucharte, porque amo tu voz, tu sola voz, y seguiré como una rara enana, en aparente pequeñez, creciendo.

PLEGARIA

No te puedo nombrar. No tienes nombre. Eres lo que se siente. Nunca lo que se explica. ¡Oh mi Absoluto Amado, a quien descubro ahora sin que ninguna forma lo limite! Perdóname la antigua reflexión.

No eres lo que se piensa. Eres lo que se ama. No eres conocimiento sino sólo estupor. No eres el perfil sino el asombro. No eres la piedra sino lo inaudito. No eres la razón sino el amor.

De la mano del Angel yo he ascendido a tu hallazgo que nunca es un concreto tesoro sino continuamente un descubrimiento inenarrable. El Angel, a mi lado, sintió también intensa, más intensa que nunca, más intensa que con algo o con alguien, esa visión de inmensidad. Como con nadie, no porque cada caso es singular, sino porque aquel acto fue más hondo que todos los suyos, como si recibiéramos de pronto un advenimiento de infinito.

I es inútil pensar en encarnarte. Eres lo que nunca se puede encarnar ni nombrar porque sólo nos juntas las manos y nos haces doblar las rodillas.

Déjame sentirte, ¡oh infinitud, oh zona inmensa, dimensión sobrehumana, oh mi Dios, siempre con la piel deslumbrada tanto que el cuerpo se me vuelva luz! Déjame estupefacta, arrebatada, y déjame que vibre para siempre con la palpitación mía e íntima.

Quisiera ser aquélla que permanece, atónita, ante ti. La que no sabe de tu nombre, la que no sabe de tu forma, una ignorante estremecida. I que así sea.

CASI SILENCIOS

La piedra cae al fondo. Así caen todas las piedrecillas. Un día, algo que remueve las aguas las hace correr, precipitarse, abriendo heridas en la fina arena. El agua toda es llanto. Pero un rayo de sol aparece. Las aguas se hacen claras. Al fondo, lentamente, las piedrecillas hallan al fin sitio. I encima de las aguas, flota una flor entreabierta: la conciencia.

A veces, una sombra quiere cubrir el sol. Las piedrecillas se destacan demasiado en el agua sombría. Como se destaca el dolor: deformado, sin persuasión, sin entereza. I la flor es apenas una ligera balsa transparente. ¿Por qué ha dudado el día? Mas siempre se le espera. I como una mano amiga, el rayo de sol vuelve a atravesar el agua, y las piedrecillas, encandiladas, se sitúan y la flor prevalece.

Pero, a veces, a la flor, ligeramente oscurecida, hay que recogerla. E indicarle el recuerdo de aquella claridad. Entonces, recogida, salvada, y después del amparo, retomará lo que nunca ha perdido mas que creyó perder por un breve segundo sombrío. La eternidad que se comparte nunca duda. Aunque la hora sea hermosa, lo que nos traiciona —si aún no somos estables— es el tiempo.

Pero la flor no ha sido recogida. I ha temblado, sintiendo su indefensa plenitud. Mas sigue en su fluidez con gran esfuerzo. Avanza, pese a su brote cabizbajo que ansía levantarse para siempre. Pues cree en lo perdurable que se dio entre la luz y su acogida exacta y entreabierta.

Sí, el temor a lo eterno es lo que nos vuelve más mortales. Lo más profundo se discute, se riñe, porque se da una sola vez: para la flor, en la revelación que hizo crecer su pálido capullo y en lo que ahora mutuamente se verifica entre la claridad y su pétalo.

Pero en la flor hay una gota. Es un rocío que no le viene de ninguna parte pues mana de sí misma. I quisiera que fuera enjugado. La tierra, recorrida por nieves y lluvias, no entiende ni de sangre ni de llanto, las dos humedades que padecen. A veces —es una ironía temporal de la flor— a veces, ahora, cual si nunca lo hubiera poseído, anhela el colmo tierno. Pero la corola impregnada sonríe. Sonríe, aún en el lloro. La tierra no comprende el júbilo. Sólo lo comprende quien se alza hasta la suprema elevación. La sonrisa ilumina, el llanto nubla. La sonrisa también es conciencia.

Si para esa claridad personal y total que me alumbra, la mayor alegría es que la flor prosiga sin temor, rindiendo a su sosiego la corriente, la flor se exige paz, la flor se pide calma, la flor, a veces empujada por el espanto, se resiste a ser presa.
Y continúa entreabriendo su precisa dulzura. Entonces hay como una confianza —que será suya siempre— que la impulsa a desafiar el resto de la sombra y el todavía oscuro torbellino.
I ya no es indecisa. Segura de lo Profundo y Perdurable —poco lo es, ¡pero lo es tanto!— reposa sobre un agua que no asusta ni pesa.

Esto es como una dádiva. Si me han dado la luz, la confianza de la flor que se afianza es la respuesta. La mayor claridad: el rayo, aceptará el don que se entreabre, pero que será capaz de otorgarle su justa y más radiante recompensa.

Si yo recibo plenamente, puedo dar con la misma plenitud. Recibir de este modo —escuchar— es como iniciación de un diálogo. Entre quien recibe y quien dá se produce como una respiración. Algo se levanta, se otorga, y algo, quietamente, lo acoge, agradecido. I el agradecimiento, si se hace resplandor, ya es ofrenda.

La flor pidió un día de sol para quien la hizo flotar ya sin deriva. Y el día de sol cumplió sus oros cotidianos. Un día de sol no es más que un gozo de lo temporal. Pero cuando se tiene este resplandor interior compartido, se le desea a lo que se une en lo más hondo, este descanso de la sensación. Para luego volver a la serenidad, que no es reposo sino el hallazgo de lo imperecedero.

Porque a la flor si no le dieran luz con la mayor ternura —ternura que sólo se otorga hacia una sola florescencia como el cielo que es totalmente azul cuando lo recibe el amanecer despojado de ámbitos nublados u oscuros— volvería al caos del agua tenebrosa y revuelta.
La flor se cura del remolino con este generoso resplandor, que sólo en este vínculo, se entrega suavemente más de manera máxima.
Y su calma encendida contempla ya la firme corola. Sí, se puede ser firme aunque nuestra presencia —he ahí la picardía de lo profundo— tenga la dureza, lo curtido muy frágil. Además, lo curtido no es la madurez. La madurez, para la flor, es halo.
A la flor, le ensombrecería el desconocimiento de su inaudita paz. Paz no es inercia. Es espíritu en alas. No podría arrepetinrse de ser única.
Unico no es color llamativo ni deslizamiento ligero. Unico no es el tallo de la flor, tallo flexible y placentero del cuerpo, sino su anhelo como de paraíso, que asciende a lo más alto.

La flor se estremece, se balancea cuando duda. Y quisiera aquietarse reconociendo que le ha otorgado al rayo la compañía esencial. ¿Es que acaso es muy arduo reconocer que lo esencial es lo que más queda? Sí, una maravilla semejante es muy difícil de sobrellevar, no porque sea potentemente bella sino porque a lo humano, siendo tan especial, parece ajena. Pero he aquí los hombros luminosos y blancos del rayo y de la flor. Conocen que la permanencia de lo más puro sigue y sobrevive. Y entre ambos han vivido y viven y vivirán esa pureza. Eso es lo dulcemente empedernido, o lo infinito afín tan tiernamente terco.

Lo abundante es aquéllo que nos llena en la piel como una hospitalaria exaltación. Pero la intimidad es casi solitaria. Cuando la flor, quieta y sencillamente se desliza sobre el agua que ayer también ha sido iluminada, aspira a ser tomada por el aroma extenso, viviente, cotidiano, del amor natural. Pero sabe también —éso lo conoció desde la sombra— que lo profundo no es olor, delicioso olor del puro cuerpo, sino aquéllo que aúna dos almas libres del enlace mortal. Eso que no es fragancia —bendigamos también la fragancia— sino como un aire que aclara, un luminoso y especial aliento.

Perfume o solaz de la flor. Pero cuando se aspira el olor jugoso del pistilo, permanece en el cáliz una continua sed de ascenso, como si no lo conociera. Porque lo que se abre como un párpado: esta flor, despertar o conciencia, es como una acogida del logro más total que no se dá en aroma por más dulce y dichoso que sea. Lo más profundo —no dado en aspiración sino en ascensión— es como una calma para quien, inclinado sobre la fragancia, festivamente huele. Es como si lo más cercano a la Luz fuera un alivio. Sí, para toda la vida sensorial la eternidad que se comparte es como un raro y único consuelo.

Cuando la flor, ya clara, se alegra del instinto como de un rezumante perfume, mantiene en sí aquel rayo que se ha tornado hálito porque lo que nos ilumina nos da vuelo. I entonces nos está permitido amar todo lo que es ave en el ala. Sin olvidar que sólo aquella compartida e incomparable claridad es lo que nos eleva.

Estamos consolados del encanto fragante, del vaho del regocijo, de la emanación del goce cotidiano. Algo, como un hálito, desde el encuentro nos supera: lo más afín al colmo, que también puede llamarse cielo. Rayo y flor encontraron un bálsamo sin humana embriaguez. Infinito o incienso.

Hay una flor única que da el soplo sin interrupciones de lo eterno. No, no es egoísmo. Es que lo más hondo no puede repetirse sino dentro de su propio ámbito inicial. Lo más hondo está aislado porque su transparencia primordial es lo más próximo al Amor absoluto y éste no puede ser otro o diferente en su grandeza. No, el encuentro entre la flor y el rayo no es mezquino porque no permita semejanzas. Es la comunicación solitaria. La afinidad señera.

Así lo aceptaron corola y claridad. I, de pronto, la claridad pareciera contrariar la insuperable unión. Pero en el fondo sabe de su fidelidad a lo más duradero. Como sabe la flor que ella le brinda el don más puro, aunque a veces vacila y el agua inunde sus alzados pétalos. En lo puro, en lo intacto, en lo que no posee similitud, no cabe la inseguridad. El rayo, hecho de luz, hiende la duda aunque sea sólo penumbrosa. Y le dice —¡cómo escalda la voz del rayo amigo!— que no es su única flor hasta que ella se quede convencida de que lo es tras la doliente prueba.

¿Que lo más alto no penetra en las flores porque éstas se cierran? Sí. Podrían abrirse para recibir, cada una en su medida, esa hermosura. De todos modos, para un rayo tan claro lo que puede colmarlo en lo más hondo es una flor que se ha extendido en lo supremo.

Si cada u otra flor se abrieran en un acogimiento, ¿podría el rayo, ante ellas, sentir la misma intensidad? Entonces, se perdería lo puro, lo invariable, lo rayano al amor absoluto. Lo infinito no es multiplicidad. Lo inmenso no es copioso. Lo divinal nunca es despliegue. La infinitud es algo estricto en su embeleso.

¿Cómo no pensar que lo absoluto compartido es lo mejor de nuestra propia vida? Lo viviente de todos los días —sea labor, sea cariño, sea sensualidad, sea piedad— son goces o alegrías mas sólo lo divino es apogeo.

Rayo, venia todavía para la flor que sabe lo divino que posee mas que aún se estremece cuando se empoza el agua. La flor tiene que levantarse por sí misma. Eso expresa la luminosidad que comparte con ella lo más intenso y esencial. Aún más: la claridad conjugada a la flor, si ésta siente un momentáneo sumergirse, la rechaza. Porque lo que florece —conciencia ya corola— se manifiesta, se promulga y no es algo inmerso, así como la luz no es subterránea.

Rayo, sé que tu aparente hostilidad sólo es solicitud. Mas le duele a la flor hasta el punto de que un relente propio la vuelve a humedecer y la empaña. Pero la sequedad del resplandor —sí, el resplandor es seco cuando la corola lo requiere— le señala su cogollo ya abierto y enhiesto y excepcionalmente elevado.

I ya la flor se encuentra erguida totalmente, aún entre sus temores fluviales. Porque sabemos que esta unión que se nos dio tan espontáneamente es, comparada con la placidez y docilidad de lo viviente, como el ahinco de lo eterno, la tenacidad de lo más Profundo y Perdurable.

I cuando todo pasa —es el tiempo el que pasa, es la fe en lo profundo lo que dura —embarga una alegría tan grande, tan cercana a las alturas, que pareciera digna de perdón. No, pero no pecamos por la profundidad. Eso tenemos que aprenderlo.

Lo que se encuentra una sola vez en el
mundo es como antagónico al mundo.
Compartir lo más hondo contradice todo
lo viviente conocido. Pero acepta tan
luminosa oposición, aunque el resto
solamente te resulte aromada
humanidad. Sí, es muy difícil aceptarlo.
También el tiempo es timidez.
Entonces, aceptarlo es como conformarse
—¡qué maravilloso conformarse!— a
ser sutil y sobrehumano ya que lo
imposible posible desconcierta.

Nadie nota en nuestro ser lo más
profundo compartido. Ni hay que decirlo.
Es la llama interior que ilumina y no
la brasa sensorial que quema. De la
brasa brota el colorcillo rojizo y brillante.
Más fíjate en el humo de la llama.
Es azuloso, casi gris. Nadie se vuelve
a contemplarlo. Pero asciende
hacia el cielo.

La flor se ha hundido algo. Tiene
temor a hundirse. Mas no pide clemencia.
Lástima es para el que nada tiene y
la flor se conoce poseedora de una
afinidad sin igual. Sólo pide que la alcen
una vez más hacia lo que contiene:
extrema elevación que sólo está
embargada ahora de una tensa tristeza
y no una tregua. No hay pausas, no
hay intervalos para lo supremo.

Continuidad en la confianza,
ahora renacida después del develo
doloroso. Saber que estaré siempre con
lo que más hondo llega. Iluminándonos.
Es como tener
—tanto en un caso
como en el otro—
el alba más profunda cerca.
Porque se amanece en lo interior.
Y ahora despertar, despertar,
y saber sonreír, lo contrario al dolor
y al desvelo.

Sí, se da por generosidad.
Pero si quien recibe es afín
a nuestra mayor profundidad,
quiere también donar
y ser recíproco en la ofrenda.

El don debiera ser igual para todos.
Y, sin embargo, se define, se sabe,
se hace claro, es esencialmente
don y devoción cuando quien lo recibe
tiene las manos como limpios y alados
espacios donde se depositan esas únicas
dádivas como estrellas.

Creer que lo más profundo
puede repetirse,
sería vagancia, nunca libertad.

Pertenecer a lo más hondo
—que es como el aire de la altura—
no significa dependencia sino superación
de aquello que también
ha de cumplir su alegre cometido:
el asequible bosque y el fruto inmediato.

Cuando nos reunimos en la pulpa,
es como si lo individual desapareciera.
Mas cuando la comunicación se da sólo
a través de las almas,
permanece lo propio
elevado en el máximo amor.
Sí. Lo instintivo, su fragante embriaguez,
nos esfuma. Pero lo más profundo,
lo que es único, nos ilumina todos.
En el placer se nos desborda.
Es como una deliciosa fluidez
donde naufraga lo más hondo.
La plenitud, en cambio, conserva
nuestra serena y emocionada intimidad.
En la plenitud se resplandece.

No es lo mismo la deleitosa zambullida
en lo terrenal que percibir lo azul
o lo infinito en la comunicación
sólo de espíritu.
No, no es lo mismo percibir en el cuerpo
la frescura del mar
que contemplar el alto cielo.

Es dulce lo que se cuela del fruto que,
cada día, podemos apresar en suave
mordedura. Pero lo más dulce
está encerrado en lo profundo.
La miel reside en la colmena.

Devenir:
sollozamos, reimos.
Hora, forzosamente levamos la barca
o aspiramos la rosa.
Andamos a la zaga del tiempo.
Pero cuando encontramos el astro
más radioso
—etéreo ante el aroma,
prístino ante la espuma—
entonces comprendemos la predestinación.

No, no puede ser igual
amar en contacto
que en altura.
No es lo mismo
apoyarse en la borda de la barca
que ver izar la vela.

De lo más luminoso
puede partir lo caritativo y sonrosado.
Pero si comparamos
enamorado ardor con amorosa luz,
hay como una timidez en la sangre
que fluye alegre, apasionada.
En el amanecer más límpido,
se desliza el arrebol
como hermosa y ufana vergüenza.

Afecto humano, frondosidad del día,
verdor de los instantes, verano de la piel,
palpable primavera,
otoño con todo su color cotidiano,
junto a esta blancura, esta pureza,
que no posee climas
y es la más plena y poderosa luz.
Sí, única lozanía
es la unión en lo eterno.

Hijos, enamorada fluidez...
Sí, son los gajos del racimo
y los sorbos del néctar.
Mas por otro camino aquéllo
que emociona en lo más hondo
y que extrañamente nos sobresalta
por su sosiego superior
y nos sacude con serenidad
como una brisa inmensa.

Lo palpable es hermoso
y es lo que podemos poseer.
¡Ah, pero cuando poseemos aquéllo
que parece imposible retener,
no elevamos la mano, pues el tesoro,
el hecho luminoso, está en espíritu
y no en gesto!

Y sin embargo, nuestros rostros
inclinados ante lo Incomparable
se sienten protegidos como por algo
que no tiene piel. Es como
el ademán de la luz.
Porque lo celestial es lo más cálido.
Nuestras cabezas perciben
una cercanía sin tacto,
una proximidad que nunca enciende
porque nos ilumina.
Es como la caricia de lo eterno.

Cuando se recibe en el alma,
que es como una mano leve ante la llama,
como una estrella, la más profunda
irradiación, nada nos emociona
en lo terrenal ni nos hiere.
Todo parece conmovido pero
sólo por una resplandeciente
inmutabilidad. ¡Qué difícil
es comprender entonces que hemos
nacido hasta para el dolor!

La savia fortalece la fruición
y la elasticidad de mi cuerpo.
Mas como yo he probado el agua pura
—no con el labio, con el alma—
aquélla que fluye para siempre
entre las piedras suaves de las nubes,
un agua en que aparecen los luceros,
siento que la sed más verdadera
no se apaga con sangre de instintiva
y fogosa humedad.
Sólo con la fuente divina,
que tomo en compañía del único
y extraordinario anhelo afín,
mal llamado sed porque es eso:
el más íntimo anhelo.
Es un agua tan dulce y profunda
que conmueve hasta iluminar tanto
los ojos que parece una lágrima
y es sólo en las pupilas la alegría
cristalina y suprema.

En el movimiento de las aguas salinas,
al trasfondo del ser,
en el movimiento irracional,
corales de sangre que empujan
al delicioso vértigo.
Pero ahora todo es como una mina,
todo lo sensorial es como un goce oscuro
ante la cristalización del compartido
amor inmenso.
Diamante,
diálogo de lo divino,
que tacha todos los otros vínculos,
que hasta ahora se creían preciosos,
con su radiante,
único y perpetuo destello.

Júbilo no es euforia.
El cuerpo, esfumado en el deleite,
se solaza.
Pero el alma, íntegra,
sin borrar su tesoro individual,
disfruta el alborozo sereno.
Después de esta mutua felicidad
que no se arremolina, que sosiega,
que es plenitud y no placer,
resulta secundario todo humano
deleite y exceso.

Sazón lograda con los días.
Envero de lo afectuoso y de lo apasionado.
Pero la madurez verdadera es la de lo
divino sin dudas,
compartido en lo hondo.
¡Qué pequeños parecen los frutos
sazonados en el tiempo ante la luminosa
ternura de la íntima aurora
que es como la perfecta plenitud,
alcanzada por merecimientos,
en la serenidad de nuestro cielo claro!

No es lo mismo el tronco,
el cotidiano impulso,
ni el afán impetuoso,
tallo elástico,
que ese rayo solar que se eleva e ilumina,
porque éste es esencia y no presencia,
no es terrenal sino supremo,
es cálido pero alado,
único en su amor mas no palpable.

La esencia no es pérdida de tierna
presencia.
La esencia es la presencia
de lo intemporal,
de lo divino y sobrehumano.

No es igual lo divino a lo hermoso.
No es lo mismo el afecto
que la ternura intemporal.
No es lo mismo la seda amistosa
o flexible que el cielo,
inmensa caricia sin contacto.

Primavera, atracción, amistad.
Verano, pasión y compañía realizados.
Otoño, compañerismo donde aún quedan
unas hojas de fuego,
los apasionados recuerdos.
Invierno, fraternidad,
suma de lo vivido en el tiempo,
y tiempo de lo amistoso.
¡Ah, pero nada,
nada como este amor sin climas,
sin estaciones, sin capullos, sin frutas,
sin fragancias, sin copos y sin hojas,
pura eternidad que alza en lo intemporal,
como una estrella única,
no sometida al cotidiano riego
ni a la ráfaga ardiente,
su flor resplandeciente e intacta!

Pueden unirse sentimientos cual se unen
dos corolas en la umbela.
Así como se unen sensaciones
como raíces ceñidas a la tierra que,
impetuosamente, se entrelazan.
Pero cuando la nube más blanca se une
al resplandor alto del sol,
la unión es sólo una.
Las dos alas de una única gaviota.
Un vínculo así, tan esencial,
no puede darse en nadie más
en lo humano con semejante intensidad.
No es lo mismo la umbela que reúne
dos flores que la unión irisada, máxima,
de este mutuo y radiante vilano
que se eleva.

¿Acaso la claridad puede reñir
un día con el sol?
¿Acaso el alba puede ser
paradoja de la luz?
¿Acaso la blancura puede
contradecir un día el ampo?
¿Acaso la profundidad puede
distanciarse un día del más exacto
y esencial amor?
¿Acaso lo divino compartido puede negar
algo que uno de los dos que lo comparte,
afirma y siente?
No. Que se tranquilice mi temor.
Sonrío. La sonrisa, seguridad,
sosiego alegre, verdadero.
En esta afinidad máxima y mutua
no puede haber disparidad.
Estrella y resplandor,
transparencia y cristal no se hallan
nunca en desacuerdo.

No puede repetirse en ningún caso
semejante dulzura.
Sería como pensar que el sol pudiera
continuarse en una hoguera.
Y ante este sol, que ilumina sin encender
la piel, ¡qué melancolía tiene
el crepúsculo que es como un colorido
sexual apagándose ante el primer
rayo del alba!

Lo que da este mutuo sentir
sin semejanza, es el gesto extendido
en don total.
No importa que esté rodeado de silencio.
La mayor y mejor expresión
no es decir: yo te doy,
sino la dádiva.

¿Cómo no hemos de sentirnos deudores
no habiendo cumplido,
con lo que más amamos,
una alegre promesa,
si con lo que más se ama
siempre se está en deuda?

Si entre el rayo y la flor todo fue luz,
¿cómo este rayo puede permitir
que la flor se debata en lo sombrío?
Certeramente, el rayo ha de comprender
que la flor llegará a la liberación
por un sendero claro,
por una vía luminosa.
¿Cómo, entonces, pudo imponer la lejanía
si ésta es todavía sombra
para el pétalo?
Para que la flor alcance total serenidad,
el rayo no puede elegir sino lo acogedor,
lo generoso.
Sería paradójico en él
que escogiera lo oscuro y tormentoso.
Pero ya ha comprendido.
De la sombra puede nacer la luz.
Así el día de la noche.
Mas cuando ya todo es luz,
¿cómo regresar a oscuridades?
La vida eterna compartida
es perpetuo destello.

Que se le permita a la flor,
cuando la cercanía no se produce,
un dulce desquite,
una tierna reparación que la llene
de calma y de contento.
Eso ¿no sería lo justo cuando
la distancia todavía produce
temor y sufrimiento?

¿Que por qué es necesario
que la luz se de en clara presencia
si su amor, el más hondo,
es la esencia?
Hasta que no llegue lo eterno,
lo que nos acerca a esas alturas
es el vínculo, no cotidiano,
sino permanente.
Y la permanencia, dentro de esta vida,
no tiene por qué ser ausencia.

El cambio, para que lo sea,
tiene que cambiar siempre.
He ahí la permanencia.

Mármol del amor más profundo
y más firme en su clara y conciente
entereza. Mármol del que emanan
irradiaciones luminosas.
¿Cómo puede lo frágil, la duda, quebrar
tu segura estabilidad salpicada
de estrellas?
Debería rechazarme a mí misma
por dudar. Pues si he llevado
a incertidumbre lo más recio y divino
en mi espíritu, llevo a incertidumbre
mi más sincero ser, que es el que se da
en esta amorosa y única firmeza.
¡Ah, pero estoy a salvo!
Creo una vez más, ya no vacilo.
Ya lo divino inmóvil
me levanta y me alegra.

Sí, se entrelazan las ramas
de los árboles.
Elasticidades corporales.
Mas hoy el resplandor se vincula
al cristal más claro y puro.
Mi alma recibe la otra alma y ésta me
recibe y no hay nada igual.
Máxima irisación, ¡cómo lo corporal
gozoso y animado nos parece ahora
raíz contenta mas superflua!

Sí. La voz del instinto es como el rumor
del zumo por el fruto que atrae y apetece.
La voz de la amistad es como el sonido
de la lluvia que, con sus palmadas
hermosas y joviales, refresca.
Pero la voz de lo divino no es campana.
La divino es lo más diáfano y dulce
del hondo amanecer.
Y esa alba interior, esa alborada,
es como un aleluya.
Es escarcha —blancura— sobre algo duro
y transparente.
Sí. Lo único, lo que no puede darse
sino de este solo modo, a través
de este vínculo sin continuidad
más que en sí mismo, es cristalino
o el más límpido y pleno silencio.

Sí, todo fue una confusión. Y ahora,
comprendida la mazorca fecunda
y la espiga amigable. Y este sol
sólo donado así —trigo supremo,
sobrehumana gavilla—
don divino, oro sin herrumbre,
intemporal, del cielo.

Sí, yo toco y esparzo mariposas
cuando sobre el lecho disfruto
de la humana embriaguez.
Mas cuando vuelvo los ojos hacia
el cielo —alturas que no son revuelos
sino estabilidad de lo elevado—
comprendo una vez más que nada hay
igual a esta compartida ascensión interior.
No, no tiene color, no dura un día
cromático. Es un impulso etéreo,
no un zig zag de gozoso arco iris.
Yo diría que es ala sobrehumana.

Sí, he mordido la fruta deleitosa.
Pero cuando contemplo la estrella
—este vínculo sin comparación con
las ramas que se unen de los árboles—
dejo la fruta en el cesto del tiempo
y siento madurar lo más profundo
como la luz del cielo que, con sol o lucero,
no se apaga. Cielo, cesto supremo,
total regazo puro. A tí sólo se acerca,
en tí sólo se deposita esta afinidad
que yo he llamado astro.

No es lo mismo un padecimiento
del que emana un revuelo coloreado
que aquel dolor del que emanó
tan única, luminosa y compartida pureza.
De lo más tormentoso,
de lo más mortecino,
salió la exacta luz.
Sería como decir que no es lo mismo
la ostra, abatida por sollozos salinos,
que la crisálida.
El insecto polícromo abandonó
el tortuoso gusanillo,
pero la perla despertó entre
los remolinos como un amanecer
sin peligro de noche,
como el amor mutuo más diáfano.

Rocas terribles, sinuosidades negras,
enfermas protuberancias
donde al grito de espanto respondía,
no mantenido, sino obsesivo eco.
¡Ah, qué dulzura ahora cuando tomando
el caracol, lo más íntimo,
escucho allí la compartida infinitud
como el único canto de lo inmenso!

Es como la rotación de la tierra.
No la percibimos, pero está.
Lo inconsciente.
Pero ¿es que esta quietud del mundo
es apariencia?
No. Es como si quisieran señalarnos
que en la quietud radica la conciencia.
La conciencia mantiene en sí lo más
profundo.
Lo más profundo no se mueve.

Cuando la rotación se siente,
toda nuestra vida da vueltas.
Y si se apodera de nosotros,
perdemos nuestra individualidad,
nuestro mundo conocido.
Somos un convulsivo movimiento.
Sólo la luz —el rayo amigo—
me permitió volver a la quietud,
o encontrar la quietud,
y desde esta quietud he encontrado
aquéllo que traspasa los cambios,
lo luminoso intemporal,
el único y perdurable encuentro.

Para que la luz te ilumine,
no necesitas movimiento.
Para que el agua te humedezca y envuelva,
es preciso que agites el cuerpo.
Zambullida y jadeo entre los remolinos
que no se adentran sino que calan
nuestras carnes.
Inmóviles, bajo el más claro resplandor,
lo más cálido y hondo se sigue
guareciendo en nosotros.
Y allí queda sin ninguna penumbra.
Es la estabilidad de lo supremo,
la divina morada.

Yo acepto cambios,
pero no en lo sublime compartido.
Desde que se recibió el amor más
profundo, lo que se mueve parece
ser lo mismo que se muere.

No, no estamos sometidos a la luz.
La luz convence, no somete.
No, no somos esclavos de la ternura
superior. La máxima ternura
libera nuestro ser de lo fugaz
y de lo accidental.
No podemos crear, cuando poseemos
lo imposible, desde una irrupción súbita.
La luz es fiel, no inconsecuente.

No, no es abandonarse al azar.
Después de conocer lo más profundo,
el único desamparo de la luz pareciera
ser nuestro cuerpo.

No, ya no puede haber nada fortuito.
No hay nada ocasional.
Estamos en lo cierto y, por lo tanto,
en lo que no padece ni muere.

La muerte es lo único
que no es incurable.

Para lo más hondo, yo no creo
en instantes. Lo supremo jamás
es actual.
El amor sin mortal asidero,
no se somete al tiempo.

Porque lo que está sometido
al devenir y no al alcance
de lo más luminoso y más puro,
aunque sea emotivo, es ligero.

El amor divino no puede depender
de lo imprevisto. Ya lo inesperado
está concluído. Sólo hay la lealtad
de la luz. Y si aún nos asombra,
no es porque acarree lo misterioso
sino porque ilumina hasta el extremo.

Lo que no conocemos no es misterio.
Son aspectos insignificantes
del mundo material.
Conocemos lo eterno, lo inmenso,
lo máximo, —es suyo, es mío
y sólo es así—
y ante tamaña luz,
¿caben hallazgos,
descubrimientos o sorpresas?

La entrega verdadera no es la que
se otorga al devenir irracional,
sino la que se sabe postrada
ante la alborada de lo inmenso.

Un afecto puede ser hermoso pero,
ante el sentimiento único e inmutable,
nos resulta pequeño.
Como la yerba ante el astro.
Como el guijarro ante la nube.
Como fronda salpicada de frutos ante
el cielo en que alumbra una sola flor
áurea y suprema.

LO MAXIMO MURMURA

Si lo que se percibe
es total, luminoso, como un todo,
se siente solitario, sin dualidad, sin duda, sin
[declive,
se sabe que ya nunca podría ser de otro modo
o con otra presencia que cambie o que derribe
su luz. Sería como cambiar el agua más pura por
[el lodo.

Si esto es así, como yo siento, puedo
sonreir y sentir que la alegría
nace en mi ser, total. Porque el enredo
brota tan sólo de mi duda umbría.
Puede que el sufrimiento conque agredo
mi paz, vuelva a turbarme, pero el día
sería cruzado por la fe y el credo
de lo afín cual por tierna melodía.
I ya no habría miedo.
Sólo confiado esfuerzo es lo que habría.

Si siento lo divino tan seguro
que ya no dudo de su inmenso grado
¿debo pensar que un bajo día oscuro
vacilaré de su astro? Lo confiado
no admite oscuridad en su maduro
resplandor. Sí. Yo sé que he madurado.
Unico es. Azul. Máximo. Puro.
¡Oh qué hondo corazón iluminado!
¡Qué claridad en esta fe! No hay muro
que pueda alzarse ante su amor dorado.
Yo sé. Yo siento. Casi lo aseguro
que no osaré decir: he vacilado.
I mientras no vacile ni inseguro
se encuentre mi sentir, hasta mi lado
vendrá quien con la luz en que fulguro
comparte lo divino y lo sagrado.

¿No crece en el verdor floral aliento?
¿No se realiza en el azul la ola?
I el ser afín, tan lúcido y atento
que afirma que yo soy la caracola
donde oye cielo o voz de firmamento,
nube esencial que nunca se arrebola,
¿me debe permitir padecimiento?
Si en mí se eleva y nunca se enarbola
lo que es divino y fiel deslumbramiento,
flor única y no sólita amapola,
a causa del supremo sentimiento
¿todo mi amparo y alegría asola?
Sí. Sabe que a pesar de mi tormento
no se mustia la máxima corola.
Confortable saber que este portento,
lo imposible alcanzado, no se viola
y persiste en el negro sufrimiento,
y luego, mientras mi ánimo tremola,
sonreir si ningún remordimiento
como si lo total que se acrisola
por mí, no mereciera acercamiento
porque ni aún el pánico lo inmola.
Que me hablen del profundo sentimiento.
Amor eterno no es verbal cabriola.
Amor eterno es acto y no es acento.
Aún en la pena lo "único" me aureola
y este hecho es ya mi gran merecimiento.
Creo en lo mutuo. Nunca se desola.
I por mi intemporal conocimiento
¿me dejarán por muchas horas sola?

Sólo en este fervor, en este modo
la dádiva resulta inagotable.
I cuando no se puede darlo todo:
presencia necesaria, voz amable,
se esquiva la otra luz por un periodo.
¿Por qué esta travesura inexplicable?
¿Para sentir sin duelo ni incomodo
que no se cumple? El fondo, irreprochable,
dice, no envuelto en el olvido beodo:
si alguna causa impide el don estable
¿no es lo mismo que herir? ¡Qué limpio lodo!
¡Qué anhelo de entregar tan impecable!
I añade: si así hiero, este recodo
lo quiero compartir, quiero ser viable
al dolor, y así hiero y así podo
por conmoverme, por sentirme loable
deuda inmensa de estímulo y apodo,
torpe emoción, dulcísimo culpable.

Si he sido sobriamente sufridora
mas firme de que, aún cuando me agite
por el dolor, confío en lo que mora
eterno en ambos, y hago que medite
mi conciencia en la ciénaga invasora
y llego, sin que nada me limite,
a que ella, a lo más hondo que atesora,
le sea fiel y en ello deposite
una seguridad ya sin demora
¿no es justo que mi esfuerzo solicite
un don con dignidad pues no lo implora?
¿No es justo —así digámoslo— un desquite
para quien supo proteger la aurora?

Si he sido fiel al colmo compartido
de lo divino, si desamparada
el amparo esencial he mantenido,
esta máxima y diáfana morada;
si en el dolor, de su inmutable nido,
—colmena de una miel honda y dorada
donde brilla, lejana del sentido,
luz de esencial y única alborada—
no dudé y su fervor he sostenido
pese a estar triste, pese a estar turbada
por el miedo a la duda, y si he sentido
lo total, padeciendo mas callada,
si me alcé sobre el grito y su estallido
como entera confianza delicada,
si no he visto y en lo único he creído
y soy la fe más bienaventurada,
¿puedo esperar lo que yo anhelo? Pido
sabiendo que mi voz será escuchada
como se escucha un manantial sin ruido.
En esta unión altísima y sagrada
se oye la claridad y no el sonido,
se escucha el resplandor de la cascada.

Todo tiene una hora
menos esta dulzura. Miel suprema, fiel, quieta,
miel hecha de estrellas, que se dora
con esa lumbre de los cielos neta.
Joya pensante mas deslumbradora
ante la cual todo es desliz y treta.
¿I no es cierto que ahora
que tendré en mi dolor la voz discreta
me dirán la razón de la demora
y después clara, diáfana y completa
el alma afín con quien la mía mora
en lo "único", profundo y sin inquieta
vacilación, vendrá hasta donde añora
mi ser lo presencial? Mi ser sujeta
su dolor. I mi ánimo no llora
Sonrío, aunque la angustia me acometa.
Sonrío, pues no en piel se me atesora.
Sonrío porque soy senda secreta
conocida tan sólo por quien ora
en su divina gracia recoleta.
Sonrisa aunque yo sufra. Es una aurora
que borra la encendida y gris faceta
para dejar sólo el fulgor, la flora
de luz. Mas tiembla. Dolorosa veta
de ansiedad en la lumbre salvadora.
Tierna expresión. ¡Que el llanto se someta!
Sonrisa dominante, alumbradora
doma con su esplendor la oscura grieta,
y hace que el alma afín cumpla, deudora,
lo que pido sin lloro, y me prometa.

Recojo con rigor la última fluidez triste y sonora.
Es una sola... Apenas... Una lágrima escueta.

Yo estoy segura y pienso dulcemente
que quien no me precisa en cercanía,
el solo ser suspenso ante mi frente
—frente es meditación sin fantasía,
conciencia luminosa y transparente—
sabe que me retiene en lejanía
porque esta esencia pura que se siente
no crece con la noche y con el día.
Desde que se inició profundamente
es lo eterno y su máxima alegría.
Por eso aunque yo sufra y me atormente
hago que el alma pálida sonría.
Por eso aunque mi ánimo sufriente
sufra un atisbo oscuro de agonía,
amonesto al dolor y reluciente
allí, en el fondo de mi duda umbría,
aparece lo único esplendente
como la sola estrella que extasía
aunque no lo digamos, que desmiente
a menudo la voz la limpia ría

que en ella busca cauce o recipiente.
No hay distancia para esta pleitesía
mutua. Yo estoy cercana, permanente
como una tierna y única porfía
de quien claro y conmigo solamente
comparte la divina demasía.
I así lo siento yo también presente
aunque pida directa compañía
y quiera ver a quien colmadamente
me da y recibe, pensativa y pía,
de mí, la luz total y trascendente,
el hondo e invariable mediodía.

Desde que se produjo el gran encuentro
—el único profundo y perdurable—
todo ha sido alegría y luz adentro,
y ello lo solo eterno e inmutable.
Llega el dolor pero no toca el centro
seguro de esta gracia imponderable.
¿Por qué el dolor aún si toda entro
clara en el colmo afín, firme y estable?
Tras mi última aflicción en paz me adentro.
Lo que he pedido será realizable.

Lo que ha dado la siega,
haz de luz que brotó de la simiente
reveladora, o "única" fanega,
divina espiga máxima y ferviente,
tesoro que a lo más total nos llega,
gavilla sin igual, oro inocente,
la sola alhaja fiel que no se ciega
en su profunda claridad consciente,
en lo alto de su germen nos despliega
su tiernísimo trigo trascendente.
Sin principio ni fin. Alfa y Omega.
Compartida en su extremo transparente
e inmutable, me alivia y me sosiega
aunque quien la comparte sea ausente.
Lloro en la falta pero no me riega
el llanto más allá de lo aparente.
Dentro lo más feliz no se doblega.
Lo instintivo reclama lo presente.
Afecto pide pulpa solariega
para encontrar su almácigo creciente.
Al tiempo sólo lo esencial se niega
pues nada hay cotidiano que lo aumente.
Nada a su intensidad lo humano agrega.
Lo que crece no es lo resplandeciente.
Pues lo que nos deslumbra es la talega
del alto amor sin día que lo avente,
fiel a su plenitud como una vega
del inmóvil destello floreciente.
Así este logro que jamás reniega
de su colmo inicial, perpetua fuente,

donde una balsa sin edad navega
sin temor al vaivén y a la corriente,
prosigue sin temor y no se anega
jamás en algún tránsito fluyente.
La esencia una vez más se nos entrega
aunque sea ya nuestra eternamente.

Si mi presencia terrenal muriera
no es que no produjera un dolor hondo,
es que al dar esta "única" y entera
proximidad azul, divino fondo
que hace toda presencia pasajera,
todo confín elástico y orondo
ante su estricta claridad señera,
no podría perdérseme. Pues rondo
como celeste brisa duradera.
No siendo temporal sino que ahondo
en la luz, en lo eterno y su lumbrera,
en la perfecta intimidad que escondo,
sólo podría doler mi faz viajera
con un sabio dolor, no sabihondo.
Sin quejido ni pena lastimera
conservarían este cielo mondo
de corteza instintiva y compañera,
que mientras lograría en el redondo
goce mortal o cotidiana esfera,
bondad. Hasta que un día sin trasfondo
la comunicación toda volviera,
lo sobrehumano donde correspondo.

El fuego natural que nos inflama
o instinto, así la fresca y compañera
voz familiar que no se desparrama
cuando sólo en el tiempo se reitera,
tan leves son en compañía y llama
ante la sola claridad cimera.
Como en el mar una pequeña escama
o en espacio infinito volandera
brisa. Máxima luz que ante la rama
cotidiana en lo eterno reverbera.
Porque el día declama
ante la esencia o melodía austera.
Ante lo puro lo que es hora brama
o ante el balido de esencial cordera.
La máxima morada que nos llama
desde su intacta plenitud primera
es silencio que nunca se recama
con diaria voz y chispa pasajera
porque ésto, si no hay tiempo, se derrama,
y aquéllo, cielo inmóvil, persevera.

*¡Bienaventurados aquéllos que no
han visto y han creído!*
Nuevo Testamento.

Si como único arroyo la presencia
afín hoy se me niega y la criatura
no está, ¿puedo negar la permanencia
de la unión esencial, máxima y pura?
Es veraz su absoluta iridiscencia
porque en lo temporal no es que perdura.
Divina luz no es cotidiana fluencia.
No se cultiva nunca. Está madura
desde su primeriza omnipotencia.
Inmóvil en su diáfana dulzura
nunca se da en la hora, en la elocuencia
mortal. Pues su gorjeo sin mesura
es como una infinita confidencia.
Silencio casi en su total ternura.
Suavidad en su idéntica cadencia.
Lo máximo es lo íntimo. Murmura.
Así en medio del bosque y su turgencia
se escucha el agua clara en la espesura;
que todo ante la única inocencia
de lo divino, es como rama oscura.
Rumor de luz exacta en la conciencia
pese a no ver su fuente o su figura.

Lo humano es lo que tiene la apetencia
del vocablo, del cuerpo y la envoltura
por crecer en su móvil existencia.
Sacro mutismo, la quietud segura
de lo divino es honda en su evidencia
sin clamar cada día por su altura
porque ésta se la siente sin ausencia
y es cielo que, sin piel, se nos procura.
No veo hoy yo la fuente mas su esencia
se escucha en lo más alto y en su hondura.
Dentro se oye inmutable transparencia.
I esta unión, sin el ámbito, fulgura.

Se tiende sobre el césped de lo externo
la corteza variable y aburrida.
I sólo plena ya un sosiego interno:
el júbilo total, la eterna vida.
Si se ha encontrado al Sol, su rayo tierno,
color o superficie se invalida.
I queda sólo para el día eterno
este mutuo encontrarse que se anida
en mí, como ala estable que discierno.
Su luz, pura, sin otra y sin huída.

Si sólo aquí hay radiante transparencia,
estable resplandor, el don divino
de que alma no sea alma sino Esencia,
(Sol), me doy sólo a su astro cristalino.

Pues todo lo demás es apariencia
y a esto le entrego pues ya no es camino
mas fin sin fin, mi exacta preferencia
o privilegio porque lo defino

más alto siempre que la siembra humana,
ajeno a la anecdótica cabriola,
distinto a la mejilla y la manzana,

otro ante hiedra, espiga y avellana,
por encima del ímpetu y la ola,
sola cima celeste y soberana.

Inútil ya la mies o mejorana,
innecesarios trigo y amapola,
pasajera y falaz esta genciana
pues sólo aroma expande su corola.

I yo tengo aire azul, no filigrana
de olor. Poseo una flor sola
de luz inmensa, exacta y sobrehumana.
Sólo lo Eterno aspiro y me acrisola.

Aspiro lo infinito que me tiene
totalmente absorbida en su dulzura
tan distinto al almíbar cotidiano

porque es intenso y nada lo detiene
cual se detiene lo que el cuerpo apura
y vuelve a repetir porque fue vano.

No se repite nunca una ventura
igual. Es ella toda en quien la inspira.
Flor de luz que fue dada y que perdura.
Unico día que no se retira.

Mi preferencia por su honda altura.
El rango por el oro que me mira
sin ojos, en lo interno en que fulgura
vuelto Sol, mas sin pálpitos; no gira.

Está inmóvil en su ámbito esplendente,
ámbito que no es porque lo es todo,
todo quiere decir lo verdadero

no aquéllo ni ésto. Sólo lo eminente,
lo que no es recoveco ni recodo
mas Sol cerrado e imperecedero.

Grávida de galaxias, doblegada
por un celeste cúmulo cordero,
por una etérea prole iluminada
de astros ovejas sin vellón ligero
que abrigan sólo por su ilimitada
ternura sin rescoldo placentero,
me detuve en la única morada
nula de superficie y de asidero
mortal, por el espíritu encalada,
blanca de amor, cubierta por madero
de sangre ya en su pérdida atezada,
que sólo podía ser mi derrotero.
Y allí observé manar, emocionada,
aquel rebaño ilímite y austero
incapaz de una sola pincelada
animal, aquel ímpetu cimero
de la extraña y anómala manada
planetaria, en traslúcido reguero,
y tender en la cálida hondonada
una tibieza no de instinto fiero,
alígero calor, seda sagrada,
no lana sino aliento de lucero.
Henchida hasta los límites, colmada
por celestial almácigo jilguero,
por miríada inmóvil y estrellada,
por aves de adorable ventisquero,
pletórica de espacios o cargada
por un peso dulcísimo y certero,
pues lo que pesa hondo y nos horada
no es grito mas gorjeo verdadero,

fui a detenerme ante una tierna entrada
que era mi nido único o mi alero.
Y allí yo vi brotar, en derramada
fluidez, todo aquel auge prisionero.
Una constelación, regia bandada
interior, sin impulso volandero,
una constelación firme y alada
que no dice: pasó mas persevero,
de un polo al otro, como una enramada
repleta de luciérnagas, vivero
de hoja sutil, serena y argentada,
de un polo al otro, sobre el mundo huero,
tendió su vía láctea con su arcada
sobre el nidal afín, el llegadero
que se abría a su copa constelada
y esperaba tan dulce desafuero.
Y dentro de esa fronda inusitada
el trino de la Esencia sin lindero,
como una quieta y límpida cascada
se escucha denso e imperecedero.
Por meteoros estáticos poblada,
por aerolitos sin mortal rasero,
a cuestas el cardumen, la azulada
giba de nebulosas, el venero
de pececillos sin sensual redada,
de escamas de infinito tesonero,
vi ascender ante mí la única oleada
apta para tan nítido hervidero,
lo único azul sin torva marejada,
sin altibajos, sin caudal viajero,

y allí vertí, en su plenitud plateada,
allí, en la ola y límpido velero,
toda la grey de luz en su arracada
colosal, en su piélago primero.
Inagotable entrega inmaculada.
Acogida inmortal, despeñadero
apacible y veraz, sin desbandada,
donde late lo afín y reverbero.
Para nadie esta perla desatada,
su perpetua blancura que reitero,
este copo sin tregua, sin jornada,
este radiante, raro semillero
de asteroides que riegan su alumbrada
intimidad en lógico aguacero,
para nadie esta prédica dorada,
su dádiva de sol, su único esmero,
su extremo estricto, claridad cerrada,
su cielo exacto, bálsamo altanero,
porque la infinitud es recatada
y cual tesoro tierno mas severo
lo sobrehumano vive su extremada
irisación en ígneo apartadero,
para nadie esta fuerza delicada,
este máximo, manso miradero,
sólo para este mar de cuya rada
no anhelo el maderamen pasajero,
mas lo blanco y azul, esa elevada
profundidad que aislo y que venero.
Y como nadie nunca, como nada,
éste mi estío no perecedero,

ésta mi eterna espiga que anonada
pues de los parcos límites libero,
mi reciedumbre trémula y templada
que exige y cuida como un tierno acero,
lo divino, dulzura desusada,
éste mi acopio índigo y entero
para quien me recibe, transformada
su vida en el fulgor, a quien confiero
la inmensa y luminosa granizada
y de quien pruebas lúcidas espero,
sí, mi añil catarata sosegada,
esta pléyade astral sin lo postrero,
única para la íntima ensenada
tendida ante su hervor solo y señero,
porque yo penetré con la alborada
del Sol en ese unívoco sendero.

Suavidad densa, dulce, desmedida
en un liso hontanar riego y afianzo
para quien tiene el ánima ceñida
por pliegues de fatiga. ¡Cómo alcanzo,
para darla, esta luz ya trascendida
en celestial pradera de mastranzo,
de musgo azul donde la frente herida
halla también divino su descanso!
Escuchar... Agua de lo astral ungida.
La melodía maternal que avanzo
se oye cual una inmensidad mullida.
De áureo vellón mi plácido remanso.
Todo agobio, toda ola suspendida
con manantiales místicos amanso,
y queda ya allí el alma sumergida
oyendo un cristal tibio. No abalanzo
ninguna dolorosa sacudida.
Dejo manar la miel conque esperanzo.
Miel de oro, por galaxias guarnecida.
Cauce de sienes tensas que abonanzo.
En el fondo solar, la faz hundida
obtiene un mar maravilloso y manso.

OBRAS DE LA AUTORA

UMBRAL.—Ediciones de la Asociación Cultural Interamericana. 1941.

CAMARA DE CRISTAL.—Ediciones Suma. 1943.

CONTRA EL DESNUDO CORAZON DEL CIELO.—1944.

LA VARA MAGICA.—Ediciones La Carpeta, México. 1948.

POEMAS.—Ediciones La Carpeta, México. 1952.

POESIA Y TEATRO.—Ediciones Aguilar. Colección Crisol. 1955.

JUAN SIN MIEDO.—Ediciones Edime. 1956.

MARIA LIONZA.—Editorial Nueva Segovia, 1955.

LA DAMA Y EL OSO.—Ediciones Colección Teatro Contemporáneo. México. 1959.

TEATRO.—Ediciones del Ministerio de Educación. 1961.